

I

La niña del volcán



LOS LOBOS

Noviembre 17 de 1694

Querida y admirada María Luisa:

Te escribo con la certeza de que no tenemos tiempo. Es preciso que procedas de prisa para que los lobos se den cuenta de que su plan ha fallado. Han seguido acorralándome y yo he dado muestras de que me han convencido, pero tú bien sabes la verdad. Tú que has recibido de mi pluma evidencias de afecto y reverencia, de mi amistad y devoción perenne, das ahora pruebas tan altas de tu amor por mi persona que me será imposible estar a la altura de tus gestos de comprensión y tus capacidades de estrategia para vencer en la batalla.

Cuántos versos te escribí en los tiempos en que estuviste en Palacio, tan cerca de mi celda en San Jerónimo, tan arropada por los volcanes como yo, son ascuas apenas, *indicios vanos* de la insondable emoción que tu compañía me ha brindado a lo largo del tiempo. Y que hoy, cuando los tres lobos se han puesto en mi contra, cuando quieren comer a su cordera, porque balan con palabras, me recoges en tu seno tan virtuosa como la virgen María, como la madre de Cristo, con el desinterés que sólo un amor incondicional puede proveer. Te escribo atribu-

lada por lo que desde la publicación de la *Carta Atenagórica*, tres años atrás, ha sucedido y emocionada de las providencias que tú has tomado para que ellos no logren lo que se han propuesto; para que si la Santa Inquisición ha de juzgarme como al amigo Palavicino quien en sus sermón sobre las finezas en el convento de San Jerónimo osó darme la razón y llamarme la Minerva de América —lo que atesoro con agradecido honor—, encuentren que aunque mi pellejo se haga costra con las llamas y mis ojos se derritan y mi lengua no sea más que un músculo inservible mis palabras habrán volado antes, habrán surcado mares y despreciado poderosas decisiones de que se me recuerde como a una santa, como una arrepentida de haber dedicado al mundo palabras vanas. Tú ya sabes que mi nombre ha sido llevado al Santo Oficio anteriormente por considerar profanos mis villancicos, porque juzgan pecaminoso que incluya a los negros y sus bailes y sus rebumbes y cadencias en el estribillo final y festivo de los villancicos que se escenifican en lo atrios. Cómo quieren tener la atención de los pueblos sino mezclan sus gozos con religiosos luceros. Muy a propósito he cesado las referencias a los negros cuando la persecución en los oratorios donde se reúnen a bailar ha sido tenaz, pero por más sofocos que hagan en la vía pública, los bailes se hacen a puertas cerradas que lo supe bien por mi negra Juana de San José y por lo que se cuenta en pasillos y patios de este convento que en su encierro tiene muchas ventanas al mundo.

Ahora se añaden a la ojeriza contra mi persona, razones más poderosas para desatar un auto. Siempre pensé que tus ideas eran brillantes, lo mismo ocurrió a tu marido, las sugerencias más notables para su gobierno eran las tuyas porque tenías no sólo una cabeza clara y aguda, sino veloz. Sabías tener contento al arzobispado. En tus tiempos Aguiar y Seijas estaba sosiego, de todas las mujeres que hubiera querido encerrar

en el convento de Belén con el loco de Barcia, tú eras la prueba fehaciente de los peligros que representaba una mujer poderosa y de su impotencia. Tú pensabas. Pensabas y actuabas. Tú eras sensible y gobernabas. Eras hermosa. Tú eras la representación del rey y a su imagen y semejanza departías con los poderes de Dios sobre la Tierra porque, ojo, el rey gobernaba sobre lo religioso y lo laico. Pero qué te cuento yo a ti que tú no sepas, y que aún en tu calidad de ex virreina sigues procurando lazos, libros, empaques para que las palabras sobrevivan y nos den un peso en el mapa de las ideas, y de las creaciones, de los altos vuelos del arte que son propios de lo humano y del halo divino con que fuimos insuflados.

Te confieso, María Luisa, que he bajado de peso, que la comida me ha dejado de interesar y que ya no meto mano en las decisiones de la cocina. Mi curiosidad se ha replegado ensombrecida por la ira. Soy un animal acorralado, un animal acusado de su naturaleza: tener colmillos y usarlos, tener garras y encontrar su sitio en el mundo. Si la bestia se alimenta de otros animales, lo mío es alimentarme del pensamiento de los demás, de sus maneras de mirar el mundo, lo mío es apresar el entendimiento en palabras. Encontrar las metáforas del intelecto que me hagan estirar el cuello a las alturas donde la gracia divina lo permita. Pero los hombres no son divinos, los hombres son envidiosos. A uno, lo he llamado de nuevo como mi confesor, qué golpe maestro para tenerlos en paz. La cordera recapacita sobre su antigua decisión de alejarlo y lo llama suplicante. Bien sabemos él y yo que lo atenaza la envidia de que lo que yo escriba sea publicado por obra y voluntad de mi virreina amiga, que mis villancicos tengan más lustro que los suyos. El más cercano y el más alejado de los hombres de mi mundo, Núñez de Miranda el que me trajo al convento, bien sabes que me hice religiosa por sus consejos que no eran errados porque de qué otra manera hubiera dedicado tiempo al

estudio, tenido la ventaja de las conversaciones nuestras, la cercanía de tu sensibilidad y de otras inteligencias pertinentes y atrevidas como Kino, Sigüenza, mi muy leal amigo, a quien la envidia nunca ha pesado, pues siempre ha reconocido a la compañera de aula que pude haber sido.

Perdona si mi discurso es deshilado, pero la emoción me embarga, por las dolencias del espíritu, por el temor a ser castigada y por la vergüenza de haber tenido que ceder y firmar la protesta de fe renovada, y llamar a Núñez de Miranda como confesor nuevamente. Lysi, amiga que no he vuelto a ver pero que siento tan hilvanada al corazón como las venas que lo alimentan, qué año ha sido éste. ¿Hay prueba mayor de amistad que lo que tú haces conmigo en este momento de tribulación tan grande donde el desamparo de quienes me protegieron y me acompañaron es casi total? Paradoja de paradojas, quienes están más lejos son las que se me acercan para arroparme con una argucia inimaginable que convoca a las inteligencias y la diligencia de la pluma.

Me sorprendes, María Luisa. Me pregunto si el brillo de tus ojos sigue teniendo la intensidad de antaño, si cuando leas estas líneas tu corazón saltará deseoso y excitado por leer *Los enigmas* que he escrito y enviado a las monjas portuguesas. Ellos confortan mis tribulaciones y son una manera de agradecerme mi salvación, la única posible.

Hace unos días cumplí cuarenta y siete años y no hubo mejor regalo que el avance de tu propuesta deliciosa, acompañada todavía de la insistencia de partir hacia España. Recuerdo cuando me dijiste antes de tomar camino rumbo a Veracruz que me fuera contigo, que verías que entrara al convento más suave posible para las dedicaciones de mi estudio, para el sosiego de los libros. Lo decías con el corazón empañado, y yo no podía entonces concebir el mundo desde lejos, sin el lugar que yo había labrado en el convento y en el palacio: en mi

ciudad. Desconocía entonces que el orden de las cosas dependía de tu presencia, que ya nada podría ser como cuando estabas a punto de llegar a la Nueva España y me fue encargado aquel arco para recibirte. Con cuánto gusto escribí el *Neptuno alegórico* sin saber aún que me toparía que con la belleza de tu inteligencia y amistad. Cuán insólito fue entonces que una mujer, una monja letrada, como solían nombrarme, tuviera el estelar en la recepción de los nuevos virreyes. Qué lejos estaba yo, cuando tu partida, de presagiar el derrumbe, de saber que el reconocimiento no se sostiene sólo por meritos propios, que requiere de la aceptación y complicidad de los otros. La tuya sin lugar a dudas, que desde la distancia ha procurado ya dos inmensas alegrías a mi persona: la publicación de mi obra reunida en dos volúmenes, y la que ahora traes entre manos. ¿Será eso por lo que los lobos han cerrado el cerco con más hambre de los jirones de mi carne?

La resaca de tu cobijo y del de mi padrino duró por años; yo, ilusa, percibí que la cordialidad del espacio conquistado sería para siempre, que ya no se podía echar marcha atrás. Que no podía dejar de ser poeta, dramaturga, estudiosa. Que el alimento de mi espíritu no podía renunciar a lo que las miradas de los otros, a lo que la sabiduría de las culturas antiguas y los nuevos hallazgos me prodigaban. Ahora me piden que sea otra de la que soy, que me corte la lengua, que me nuble la vista, que me ampute los dedos, el corazón, que no piense, que no sienta más que lo que es menester y propio de una religiosa, de una esposa de Cristo. ¿Quién ha decidido que no pensar es propio de la mujer del Altísimo?

La ira me vence, me abate el ánimo disfrazarme de otra, te reitero que he aceptado a mi antiguo confesor para sosegarlos y por lo mismo he pretendido el silencio. Me alegro, María Luisa, que tú sepas que sólo es fingimiento y que lo podamos demostrar.

Me detengo aquí por las fatigas del pensamiento y los estragos que los acontecimientos recientes han producido en mi cuerpo. Proseguiré más tarde cuando el sosiego me permita el regocijo de nuestra empresa y no prive la desazón y la ira por la escenificación a la que he sido orillada.

Devota de tu persona,
Juana Inés



AMIGA DE LAS PALABRAS

Refugio Salazar se ató el delantal a la cintura, y aunque le estorbaba aquel chal de lana para moverse y escribir en el pizarrón, el frío de esa mañana no le permitía quitárselo. Sabía que en unas horas el sol estaría más elevado y que al mediodía el calor sería severo y que tendría que pedir a las criaturas que jugaran bajo la sombra de los árboles. Ese sol de montaña era incisivo. Algunos peninsulares, conocedores del clima de montaña de su tierra, insistían en que los rayos en estas latitudes eran harto más bravos y que escocían en la piel con tal velocidad que no había unguento que mitigara las quemaduras. Por eso ataban sombreros a las criaturas, quienes los abandonaban en el perchero al llegar a aquel salón y luego se olvidaban de ellos al salir al patio. Que no la reprendieran a ella que no estaba para cuidar a hijos ajenos; bastante era ya darles una instrucción que les permitiera entender los números y las letras. Como había sucedido con ella entre las concepcionistas en el convento de Puebla. Pero aquí, en Amecameca, había mucha carencia de enseñanza. El convento más cercano estaba en Tlayacapan y allí sólo a los muchachos se les podía instruir. Refugio miró por la ventana el día recién clareado con esa bruma mañanera que serpenteaba entre los encinos. Tanta quietud la llenaba de tristeza y quería ya que las voces niñas la interrumpieran en tropel, como cuan-

do entraba con sus hermanos a la cocina de la casa en Puebla. Las voces la llevaban al olor de los peroles: el frijol negro con epazote. Podía comer uno tras otro platos repletos de aquel potaje, aunque el estómago le doliera luego y su madre la reprendiera y la hiciera aprenderse de memoria una oración, otra más de las muchas que en casa y en el convento les tomaban las monjas para cerciorarse de que el camino de la fe se iba sembrando. De no ser por Plácido no hubiera dejado la ciudad. ¿Por qué no se había casado con el hermano del alcalde que tan buena vida le hubiera dado y que no se habría muerto a destiempo como su marido y seguiría dando de qué hablar porque aún estaba vivo y era pudiente? Refugio podía ser la señora del muy notable administrador de la alcaldía poblana, Becerra y Acosta, y en cambio era la viuda de Plácido Sanjuanes, navarro de nacimiento, estéril de enfermedad, mentecato de crianza, funcionario del ayuntamiento, cuya dote y origen cautivó a la familia Salazar que no quiso oscurecer el tono de la piel, tan esmerada en conservarlo claro como el queso manchego de oveja que compraba su padre.

Refugio anticipó las voces; parecían brotar de la bruma porque sólo hasta que llegaron al prado frente a la entrada del salón distinguió a los hermanos Gedovius y a la niña Dorotea, quien por la edad ya debía saber más de lo que sus luces le permitían comprender, y del lado derecho y correteando se acercaron los gemelos Mondragón, y aquel niño solo de su cuñada Concepción, que había dado a luz a un pequeño tímido y callado, acompañado de su negro Martín que se sentaba junto a él durante la lección. Refugio advertía que el negro Martín aprendía esas letras y esos números mejor que su sobrino; debía ignorarlo cuando espontáneamente respondiera el resultado de una suma o deletreara una palabra. El negro era un fantasma; era como la bruma espesa de Amecameca y no había que reparar en él. Pero a Refugio le costaba mucho trabajo el fingimiento pues los ni-

ños gritaban: «Que pase Martín, Martín sabe resolver la resta». Y ella comprendía que los negros también tenían inteligencia, pero no podía quebrar la regla. La censurarían. Como si no los hubiera escuchado pedía a su sobrino, al delicado hijo de Concepción, que se acercara al pizarrón, y cuando lo miraba llorar y ella misma iba por él con la idea de tomarle la mano y conducirla mientras trazaba la *M* en el pizarrón, el chico se replegaba hacia su esclavo, apenas dos años mayor, y no atendía los ruegos de su tía. Martín se quedaba inmobilizado por la timidez de su patrón, por la invisibilidad a la que lo obligaba Refugio, hasta que ella cedía y le proponía al sobrino pasar con Martín, que el chico lo ayudara. Y entonces las cosas funcionaban, el chico escribía la letra con una pulcra manuscrita y luego leía en voz alta y para todos: *María*, porque Refugio se cuidaba de que, ante la afrenta pagana de un negro en clase, se nombraran a los principales de la fe. En cuanto el chico y el esclavo regresaban a su asiento, Refugio se persignaba de cara al pizarrón, pero, a decir verdad, cada vez lo hacía menos y cada vez permitía que Martín hablara más. Había cometido el desatino de dejarlo como maestro sustituto, explicando unas sumas, cuando sintió aquel retortijón pavoroso. Era la venganza del plato de frijoles que almorzó a las seis de la mañana, curioso de que su única rebeldía fuese almorzar frijoles negros, tan prohibidos en casa, donde se cocían las alubias por conocidas y por blancas, y sólo en la cocina, con las indias, ella podía probar ese manjar oscuro. Cuando le daba la melancolía, sólo la comida la consolaba. Era una suerte que no le hiciera provecho, pues a sus veintisiete años seguía siendo esbelta.

Los chicos iban entrando al salón y saludaban a la maestra, que les recordaba colgar el sombrero en el perchero, igual que los gabanes y las piezas que les pudieran incomodar para trabajar en clase. Las últimas en llegar fueron las hermanas Ramírez. Desde que Josefa traía a su hermana pequeña, llegaba tarde. Se

disculpaba siempre por interrumpir con su llegada, pero cuando Refugio miraba a Juana Inés, comprendía. Era tan pequeña, que venir desde la hacienda de Panoayan la debía fatigar. La primera vez que vio entrar a Josefa con aquella pequeña a quien acomodaba en la banca a su lado, se acercó y preguntó quién era la visitante.

—Es mi hermana Juana Inés —dijo Josefa, orgullosa.

—Es muy pequeña para la instrucción —se defendió Refugio, observando las manos pequeñas de la niña, que sin atenderla garabateaba en un papel.

—Pero es muy lista —la defendió Josefa.

—¿Don Pedro sabe que la traes hasta acá?

Josefa bajó la cabeza y Juana Inés susurró algo al oído de su hermana, que respondió por ella:

—Mi abuelo sí sabe porque le gustan los libros. Mi mamá no.

A Refugio le pareció bien la sinceridad de la pequeña, pero le parecía raro que alguien eligiese venir a la escuela por cuenta propia. Lo que sucedía con frecuencia es que los chicos se quedaban a jugar por el bosque y que la viuda tuviera que dar cuenta a sus padres de las faltas.

—Si quieres volver, debes pedir permiso a tu madre.

Mientras Refugio hacía esa advertencia sabía que tal vez sería inútil. Isabel Ramírez vivía con don Manuel de Asbaje y se ocupaba de la hacienda en Nepantla, y era el abuelo quien atendía a las criaturas. Don Pedro era muy respetado, y en la región el único letrado; por eso procuraba que las criaturas tuvieran alguna instrucción.

No fue necesario que Refugio cumpliera la advertencia. Al ver el papel donde Juana Inés garabateaba notó que había copiado con bastante precisión la palabra «Junio» en el pizarrón. Refugio siempre escribía la fecha antes de comenzar la clase. Hacía algunas alusiones religiosas si se trataba de una fecha emblemática y luego refería a la estación del año, a las cosechas y al

clima. Porque más allá de las palabras, o para retenerlas, como ella había aprendido a hacerlo bordándolas, era preciso llenarlas de imágenes. Por eso al final de la clase los chicos dibujaban.

A partir de entonces, ver entrar a las hermanas Ramírez de la mano se convirtió en rutina de la escuela Amiga. Y de alguna manera ver a aquella criaturita copiar las letras y pronunciarlas con esmero, le producía una emoción particular. La misma que le provocaba cada vez más el esclavo Martín, pero que con Juana Inés no era preciso disimular. Todo lo contrario, aplaudir y señalar su asombro frente a los demás. Como ocurrió esa mañana del 24 de junio, cuando después de poner la fecha y señalar que era el día de san Juan, responsable del bautismo de Cristo nuestro Señor, pidió a los chicos que felicitaran a la compañera más joven. Cuando Refugio la animó a pedir un deseo, Juana Inés dijo que quería aprender a escribir una palabra.

Señaló el cuaderno de su hermana Josefa y la maestra se acercó a ver el dibujo de la clase anterior.

—Es el Iztaccíhuatl —dijo riendo—. La mujer blanca.

Juana Inés intentó repetir «Iztaccíhuatl» lentamente. Se notaba que le gustaba que estuviera cargada de tantas letras difíciles de pronunciar.

—Es más fácil que aprendas a escribir mujer blanca —insistió Refugio.

—Iztaccíhuatl —repitió Juana Inés y se puso de pie asombrada de poder decirla mejor cada vez. El grupo empezó a imitarla intentando pronunciar aquella palabra extraña.

Vencida, Refugio anotó en el pizarrón el nombre náhuatl de la montaña, letra por letra. Titubeó cuando llegó a la doble *c*, y más aún cuando apareció la *h*. Juana Inés sonrió.

—*Cíhuatl* es mujer —explicó la maestra.

El escaso náhuatl que sabía lo había aprendido de la cocinera india de su casa paterna.

—¿Entonces *Iztac* es blanca? —preguntó Juana asombrada de haber podido descifrar aquella palabra misteriosa.

Y abajo del dibujo de su hermana copió la palabra difícil, sonora, que Refugio fue paladeando esa tarde de regreso a su casa vacía, mientras contemplaba los volcanes fulgiendo de blancura. La palabra le sentaba bien al señorío de la montaña.



COMER CONEJOS

Jacinto entró a la cocina cargando los conejos por las orejas; parecía llevar un trofeo delicado. Los mostró, orgulloso, a su hermana María. Se acercó hasta donde ella pelaba las papas y los dejó caer sobre la mesa. María observó el producto de la caza: dos grises, uno marrón y uno pardo y pequeño. Se burló de su hermano:

—El más oscuro es como tú: esmirriado.

Para mostrar su aprobación le sirvió un tazón de café con leche de la ordeña del día. Puso un pedazo de pan del que hacían allí mismo en Panoayan y le acercó los frijoles para que los untara y se repusiera de aquella pesquisa matutina. María sabía que no era fácil atrapar cuatro conejos al hilo, cuando la neblina mañanera estorbaba la vista y cuando había presión por que no fallaran las vituallas para el festejo del patrón. Ya doña Beatriz había dispuesto que se hiciera el conejo como le gustaba a su marido, y que, si no había suerte en el campo, se usaran pollos con la misma receta. No era lo mismo; María y doña Beatriz lo sabían, pero la mesa no se podía sujetar a la suerte de la cacería, sobre todo cuando la familia entera se reunía alrededor del viejo. Pero su hermano menor era ágil como una liebre y había aprendido de Manuel, el viejo, a tirar con puntería. Era, por una extraña razón, el más oscuro de los hermanos y éstos

aprovechaban para reír de su condición. Encontraban una ventaja en aquella oscuridad: resaltaba en la niebla. Su madre solía contarle: «A ti es al único que encuentro fácilmente en el día; de noche no, mi negrito». Lo abrazaba la niña Josefa, y a María le daba gusto ver esas ternezas, porque de todos, Jacinto era el menos dotado para los trabajos del arreo y la trilla, pues su cuerpo era escuálido y su tamaño pequeño; casi lo alcanzaba la niña Juana Inés que estaba por cumplir los seis años.

—Le van a gustar a don Pedro —dijo María—; mejor los despellejas para que estemos a tiempo.

Nada más decir eso se fijó en aquellos cuerpos aún tibios sobre la mesa. Les miró las pieles y los ojos abiertos y sintió asco. Ella que no se arredraba con nada y que tan pronto cocinaba lengua de vaca como lechón o guajolotes engordados en el patio, ahora sentía pena por aquellos animales recién muertos. Le miró al marrón la pata que tenía pasto adherido e imaginó la carrera: el animal advirtiendo el peligro que lo acechaba, los pasos de su hermano tras él, el zacate escudándolo, los agujeros de la nariz abiertos, las patas elevándolo de la tierra para volar entre trancos. Se quedaría con la pata del conejo. La colocaría en la puerta de su habitación para que al hijo que traía en el vientre lo protegieran los espíritus del volcán. La pondría junto a la virgen rubia que su patrona le dio: la Virgen del Rocío. Y si era niña la criatura que llevaba en el vientre y nacía completa y sana, le pondría el nombre de la señora porque en esa casa nadie se llamaba Beatriz, y porque tal vez así podría encontrar un Pedro, como el patrón, que cuidaba de ella y que, por las noches, cuando merendaban junto a la chimenea, le decía «Solecito». ¿Y si mejor le ponía Solecito? Dejó el cuchillo sobre la mesa y observó el cerro de papas peladas. Volvió a ver la cara del conejo marrón y sintió un vahído. Quizás el embarazo la hacía frágil frente a la muerte. No comería el guisado de esa tarde. Tal vez las papas con chorizo, pero no las

piernas ni el lomo del conejo; mucho menos el pecho tierno en el que el animal había confiado para retener el aire necesario y así vencer al enemigo, aunque al final la velocidad del perdigón lo alcanzó. Jacinto entró cargando el cuerpo rosado del primer conejo desollado y buscó una atarjea para colocarlo. María señaló las que colgaban en la pared y le pidió que lo dejara allá, junto a la ventana. Aliviada, miró cómo tomaba al conejo marrón por las orejas.

—Quiero la pata —le dijo contundente.

Jacinto la miró preocupado.

—Nada, debe ser la criatura —dijo.

La Beatriz, pensó. Si le salía hombre ya vería cómo llamarlo. Ya había tenido otros hijos, pero se sentía diferente; sus aureolas se habían puesto moradas antes de tiempo y los mareos la asaltaban pasados los cuatro meses. Iba a ser una terca. Por lo menos tendrá techo, pensó aliviada. Era una suertuda como ella: su negrita nacería en casa de la familia Ramírez y les darían comida, techo y ropa para que el frío de los volcanes no le dañara los pies hechos para el sol. Eso decía su madre, que qué diablos hacían ellos en tierra de nieve si estaban hechos sus pellejos para resistir el calor. Lo decía porque el frío de enero y el de febrero le calaban los huesos. Por negra y por vieja, insistía Catalina mientras la señora Beatriz le mandaba a los cobertizos las medias de lana y su vasito de brandy.

—Tómeselo como mi marido, con el café. Con un carajillo cualquiera aguanta. Que si lo sabré yo, que vengo de los calores.

María estaba absorta rebanando las papas, cuando escuchó unos pasos menudos en la cocina.

—Me asustaste, criatura —dijo cuando descubrió a Juana Inés que se inclinaba en la tinaja de caracoles.

La niña sonrió por respuesta y se quedó mirando el hervidero de conchas que oleaba allá dentro. María sabía a qué venía. Era una niña muy lista que sólo necesitaba que le explicaran las

cosas una vez. Juana Inés tomó el preparado de avena y puso un poco sobre la tina. Luego levantó uno de aquellos animales y lo colocó al lado de la avena. María se acercó temerosa de que la criatura estropeará la purga de los babosos, pero Juana Inés volteó hacia ella deseosa de saber por qué en lugar de comer el animal había desaparecido bajo la concha. Volvió a tomar la concha y hurgó con su vista en ese fondo gris que disimulaba la longitud del molusco.

—Tu abuela se va a enojar si los molestas, luego amargan —la reprendió María, aunque le gustaba la persistente curiosidad de la niña.

Juana Inés se quedó quieta esperando que el animal hiciera algo. María le explicó que se escondía cuando se asustaba. Así se defendía del peligro.

—Cada quien tiene sus maneras —añadió María—. Mira, es como la criatura de mi panza; te aseguro que si se asomara ahorita y viera esos conejos despellejados, y la neblina del campo, preferiría estar calientita en mi panza.

Juana Inés puso la mano sobre el abdomen de María.

Las antenas del caracol asomaron por la concha. La niña se olvidó de María, pero la negra siguió pensando en voz alta.

—Los conejos se esconden en sus madrigueras; a mí me gustaba meterme en el tronco del árbol hueco del cerro. Y tú, Juana, ¿dónde te escondes?

Juana Inés seguía el recorrido del animal que se deslizaba hacia la comida, ajena a las palabras de María.

—Qué bien saben dónde está lo bueno. Y así la tripa les va a quedar bien limpia.

—Ya no quiero avena —dijo de pronto la niña.

—A ti no te vamos a cocinar —se rio María, mostrando sus dientes blancos—. ¿Sabes dónde se esconde Jacinto? —dijo observando a su hermano que completaba la limpieza de los conejos afuera—. En la carreta de tu abuelo, pero no le digas

nada. Dice que desde allí se puede ir corriendo si el volcán explota. Quién sabe de dónde sacó esas ideas, si estas montañas heladas están bien muertas.

—*Iztaccíhuatl* —pronunció despacio Juana Inés.

—Ay, criatura, si pareces señor de la iglesia; éstos son los únicos que hablan bien.

—*Iztac*, blanco —añadió Juana Inés.

—¿Dónde andas aprendiendo esas cosas? ¿Será cuando acompañas a la Josefa?

—Jacinto no *Iztac* —se rio María cuando vio a su hermano entrar con el último conejo limpio.

—No *Iztac* —la secundó Juana Inés.

El chico no comprendió de qué se reían.



ISABEL, SIN HOMBRE

Isabel Ramírez había aprendido a sumar y a restar. Su padre se había empeñado en ella desde que se establecieron en Nepantla, pero la crianza de las tres niñas la había tenido muy ocupada y además estaba el capataz, adiestrado por don Pedro, y estaban Francisca y su marido, y a todos les confiaba, aunque de números y de letras sólo el capataz era entendido. Y su padre estaba al tanto desde Panoayan de los gastos y productos a los que la hacienda obligaba. Pero las letras era cosa que ella no sabía y era preciso que el capataz le dibujara los asuntos para que Isabel supiese si se trataba de nogales o de trigo, de becerros o de ovejas. Levantó la cara y miró por la ventana de la estancia hacia la bruma mañanera de Panoayan. Cuando las niñas eran pequeñas, venían aquí con frecuencia, para que las tres disfrutaran a los abuelos, para que ella resolviera problemas de labranza y aparcerías con su padre, y para entregar el dinero de la venta de los frutales. Le gustaba más el clima de Nepantla, cálido, floral. Aquí la melancolía se le venía de golpe, porque le ofendía su soltería involuntaria, y que Pedro de Asbaje se hubiera marchado con una despedida corta, rotunda, a resolver asuntos de familia en Vizcaya. Isabel adivinó que estaba allá la otra familia y que por eso no la había hecho su esposa por la Iglesia como estaban casados sus padres, ni había podido jurar que estaría con

ella para toda la vida. Y por ser joven más ira le producía aquel abandono y esa ropa que aún colgaba en el armario de la habitación de Nepantla, que ella, después de olerla repetidas veces en las noches de insomnio, pidió a Francisca quemarla, y enfatizó que no quería verla puesta en nadie, así no tuvieran trapos los negros para cubrirse el cuerpo. Su padre había sido adusto en su respuesta. Escondió la rabia por la hija abandonada, por el honor violentado, porque de caballeros era despedirse y su yerno no lo había hecho; a él le había dejado la responsabilidad de esas cuatro mujeres. «Quién hubiera pensado —le dijo a Isabel— que me tocaría cargar con hijos y los hijos de mis hijos.» Isabel pidió disculpas y se aplicó a las enseñanzas de los números ahora que no había hombre en Nepantla y que el capataz no podía estar a su aire y que, además, por viejo, podía morir en cualquier descuido. Pero fue bueno que estuviera allá en Panoayan, mirando por la ventana mientras ajustaba dibujos y números para charlar con su padre, porque había visita en la biblioteca y su madre le dijo que debía esperar a que don Pedro acabara los tratos con el capitán. Isabel aprovechó para andar por el jardín brumoso y caminar hacia la vereda del río. Procuró no alejarse mucho porque en cuanto su padre dispusiera tendrían acuerdos. Escuchó las voces de las niñas; Josefa e Inés corrían hacia ella y la llamaban. Era hora de la comida, decían festivas, y había un invitado. Cuando Isabel entró por la puerta mayor, vio a lo lejos la figura de un hombre junto a la de su padre. Caminaban hacia el comedor cruzando el patio central. No sabía por qué ante ese cuerpo de hombre fornido, apenas visto de espaldas, su corazón latió de más. Comprendió que debía esperar para no ser vista y así deslizarse a la habitación que ocupaban cuando estaban de visita; quería lavarse la cara y las manos en el aguamanil, recogerse el pelo de nuevo. Miró su atuendo, la blusa de lana marrón, la falda larga y oscura. Ni un solo adorno más que aquella mantilla cruda, regalo de su madre, sobre los

hombros. Pero las niñas llamaron al abuelo y los dos hombres voltearon e Isabel se sintió perdida con la orilla de la falda manchada de lodo de río. Isabel se acercó ante la llamada de su padre que le presentó al capitán Diego Ruiz Lozano. Él dejó los ojos en ella más de la cuenta e Isabel pudo notar que eran intensos y oscuros y que su modo era sereno y seguro, y eso le agradó.

—Capitán, bienvenido.

Las niñas, tímidas, se pegaron a la falda de su madre, cubriéndose casi con ella, girando de tal manera que parecían quererla arrebatarse de aquel hombre.

—¿Sus nietas? —preguntó el capitán a don Pedro, con desganado.

—Traviesas y deliciosas, pero viven en Nepantla. Isabel, que está tan ocupada con los menesteres de la administración, viene poco con ellas.

Isabel se alejó despacio a la habitación; quería escuchar la conversación sobre ella. Conociendo a su padre la podía imaginar. Le contaría que el padre de las niñas, un peninsular, había vuelto a su tierra, y que Isabel era muy trabajadora. Lo habría hecho de manera inocente, como quien incluye en el aro de su confianza al visitante. Lo comprobó cuando al volver al comedor, el capitán se puso de pie y le cedió el lugar al lado de él; fue amable y contó cómo había enviudado al poco de tomar mujer, antes de que le pudiera dar hijos. Alabó la gracia de las dos niñas y Juana Inés, recelosa, dijo que eran tres, pero que su hermana Marieta tomaba la siesta porque había estado mala del vientre. Y la abuela Beatriz sonrió advirtiendo que allí, en la mesa, algo se empezaba a tejer, que las mujeres del lugar —Juana Inés, contestando; Josefa, que no paraba de golpear con los pies la silla; María, que no aparecía, e Isabel, que había reconocido la complicidad de su madre— atestiguaban.

María, la propia cocinera, saludó con desmesura al capitán tras llevar el perol con las alubias y se atrevió a manifestar su

aprobación cuando el invitado pidió tortillas en aquella casa donde a la mesa sólo se llevaba pan.

—En casa siempre comí en la cocina, y allí no faltaban las tortillas.

La casa de don Diego estaba en Puebla, como lo platicó, donde su padre había sido comerciante de grano; eso intrigó mucho a Isabel, que hasta entonces no conocía ciudad mayor que Amecameca.

—Pero me gusta la campiña —dijo mirando hacia la ventana y luego volviendo los ojos a Isabel.

Aquella noche, cuando hizo cuentas con su padre y éste le confesó que había pedido un préstamo a don Diego porque necesitaba invertir en crías para antes de la matanza, Isabel no pudo dormir tranquila. Compartía la habitación con sus tres hijas; a su lado en la cama estaba Juana Inés. Temía que lo desacompasado de su respiración despertara a su hija. Sentía un leve atisbo de felicidad, y pensó que había sido torpe en no invitar al capitán a Nepantla, cuando se refirió a la campiña, y tuvo miedo de que aquello fuera un espejismo.

A la mañana siguiente, procurando no despertar a las criaturas, se vistió de prisa, refrescó su rostro y se envolvió en el mantón de lana. El día apenas despuntaba y ya podía escuchar las voces de los arrieros que se llevaban a las ovejas al camino. Sobre la cúpula de la capilla distinguió el lucero de la mañana. Pensó que era una buena señal: una estrella sobre la capilla de San Miguel en Panoayan. Atravesó de prisa y sigilosa el patio; no quería que la descubriera el servicio y esperaba que su madre no estuviera metida en la capilla porque ella quería un momento de solaz con el señor. Empujó la puerta de madera desde el patio y cruzó el pequeño vestíbulo. Apoyó su rostro en la puerta contigua a la biblioteca de Pedro Ramírez para asegurarse del silencio. Los rezos

de su madre eran un murmullo siempre distinguible. Pero, afortunada Isabel, la capilla era toda para ella. Se hincó frente al altar, apoyó la cara entre las manos y contuvo una rabiosa alegría que se le había metido en el cuerpo y el ánimo desde la noche anterior. Semejante alborozo sólo lo había sentido cuando ella y Nicolás, el hijo de Catalina, salían por la vereda de los nogales y, sentados después de llenar un saco con el fruto seco, le estremecía la cercanía tibia del brazo oscuro del muchacho contra el suyo. Entonces había cerrado los ojos esperando que Dios comprendiera ese amor temprano. Después de ese día, el olor poderoso que emanaba el cuerpo de Nicolás la torturaba. Los dos habían dejado de reír, de tirar piedras a los pájaros, de molestarse el uno al otro. Se respiraban y miraban al frente ignorando sus miradas, al trigal que estaba al otro lado de la cortina de árboles sin atreverse a romper el encanto de la quietud. Una de esas veces Isabel cerró los ojos un momento y se dejó flotar en el viento que corría entre los árboles. Volteó el rostro hacia Nicolás, que muy despacio y con temor recorrió los labios de Isabel. Entonces Isabel abrió los ojos y encontró los de él, atentos al meneo de sus manos, y ella miró esa mano cercana, oscura, y con la suya, blanca y contrastante, la hizo a un lado y se acercó al chico, a sus labios carnosos, y lo besó. Ella lo besó a él. Impuso su designio de patrona; eso lo supo mucho después, cuando él —el día de la Asunción en que todos, sus padres y sus hermanos, habían partido ya para Chimal, dejándola en casa, pues los dolores del mes la tenían en reposo— tocó a la puerta y sin esperar su voz entró y se lanzó sobre ella, como un animal en celo, como los caballos que montaban a las yeguas, como los perros que se peleaban feroces por la posesión de la hembra. Los ojos de Nicolás tenían un brillo inusual que asustó a Isabel. Sentado junto al camastro, sus manos recorrían su cuerpo. Ella lo alejó. Era verdad que otras veces, después de aquel beso en la nogalera, habían andado por los caminos de la mano y que ella se

había dormido sobre las piernas de él, y que él la había besado suavemente, como si fuera una flor. Siempre alejados de la casa, siempre protegidos por la hierba o por la fronda de los árboles; pero Nicolás había sido cuidadoso. Y eso había encendido a Isabel, que no sólo soñaba en las noches con la negrura espesa de la piel del muchacho, sino con su protectora dulzura. Por eso su arrebató salvaje la contrarió. Pero Nicolás no hacía caso de sus ademanes; parecía pensar que eran pudores femeninos, acostumbradas negativas para que el placer dilatara. Había visto eso en su propia habitación, como María se ponía terca cuando Pedro iba sobre su cuerpo, sobre todo en las noches de sábado en que el pulque le quitaba lo callado y lo ceremonioso. Había fingido dormir cuando todavía lo creían demasiado pequeño, pero aquel forcejeo inicial que acababa en gemidos y jadeos, en contorsiones que imaginaba, lo excitaba y acababa explotando bajo las sábanas, invitado involuntario del espectáculo amatorio de los esposos. Isabel volteó el rostro hacia el lado contrario cuando Nicolás se inclinó buscando sus labios; enojado él tomó la mano de la chica y la colocó sobre su pantalón para que ella sintiera con aquella prueba del deseo cuán poderosa era la atracción por Isabel. Pero Isabel temió que Nicolás la embistiera como un toro, que aquella carne punzante entre sus piernas la perforara, la lastimara y la sangrara más de lo que en ese momento, en sus días, le ocurría. No encontró mejor manera de acallar sus temores que hiriéndolo.

—No eres más que un esclavo de la familia. Y eres negro.

Nicolás la miró, herido en su hombría, y descubrió que ahora encontraba vergüenza en su color y en su condición. Le subió las faldas mientras Isabel se revolvió. Notó una gran mancha de sangre en sus bragas blancas. La observó asustado.

—¡Yo no hice nada! ¡Yo no hice nada!

Mientras Isabel se bajaba las sayas ocultando su condición, rabiosa por el pudor violentado, Nicolás abandonaba la habitación.

—Perdóname, Jesús mío —dijo Isabel—, por haber contravenido a mis padres y por haber lastimado a Nicolás, a quien tanto quería.

Alzó los ojos hacia la luz que entraba por las aberturas de la cúpula y que bañaba suavemente la imagen del Arcángel.

—Dime, san Miguel, enviado de Dios, ¿por qué ante la vista del capitán Diego Ruiz Lozano un azoro me invade y, queriendo consultarte sobre los arrebatos de mi alma, me entregas el recuerdo de Nicolás, la negrura aromática de su piel? ¿Qué me quieres decir? ¿Me estás previniendo de mis arrebatos o de los desaires? Parece que conoces las inclinaciones de mi carne, cómo los olores de las pieles me inflaman y no me dejan dormir.

Isabel cerró los ojos porque le empezaba a doler el momento en que descubrió que Nicolás ya no estaba más en Panoayan. ¿Quién había arreglado la venta? ¿El negro Manuel o su abuelo? Fue después de aquel incidente que Isabel le pidió que la acompañara a Amecameca en el caballo, pues necesitaba comprar hilo para bordar el mantel, y como lo había hecho frente a Catalina y Manuel, sus padres, el joven no había podido negarse y todo el camino había mantenido su distancia, hasta que Isabel se detuvo en una playa del río y se apeó del caballo.

—Hay que dejarlos beber.

—Como usted mande —contestó Nicolás, punzante.

Isabel se acercó y lo abrazó, y buscó su boca, pero el chico se resistió.

—Dame un beso —pidió Isabel—, me asusté aquel día.

—Como usted mande —volvió a responder, pero el beso desmintió su distancia y su coraje, y se abandonó a la pasión que Isabel le confesaba.

Debieron haberlos visto en la caballeriza, donde solían encontrarse. Lo hacían al atardecer, cuando suponían a los otros descansando; tal vez había sido Miguel, su hermano. No lo sabrían, aunque Isabel le reclamó a Miguel y luego a Catalina y a

Manuel. Les fue a manotear en la puerta de la casa por la noche cuando se dio cuenta de que Nicolás no aparecía en la caballeriza y supo, por María, que no lo vería más.

—Lo vendieron —dijo la cocinera.

—¿Dónde está el negro Nicolás? ¿Dónde está? —les reclamó llorosa.

Cuando Manuel abrió la puerta, hundió la cara en su pecho y les dijo que ella lo amaba.

Se acercó a Catalina buscando consuelo, pero la mujer no tuvo para ella gesto alguno ni lo volvió a tener. Con aquella confesión sólo aseguró el destino irreparable de Nicolás.

Hasta que Pedro Asbaje apareció en los festejos de Chilma, invitado por los Gonzaga, a quienes compraba piel para curtir y vender en la capital, Isabel no había reparado en otro hombre. Y si se había fijado en Pedro Asbaje, que era bastante mayor que ella, había sido porque él se apersonó, se presentó con la familia Ramírez y de inmediato la invitó a acompañarlo a los puestos de la feria, ofreciéndole su brazo. Ni sus hermanos ni sus padres chistaron; era un comerciante español. Por fin, Isabel se dejaría de tonterías. Doña Beatriz y don Pedro se miraron, asintiendo. No objetaron tampoco que ella se asentara en Nepantla con el curtidor, que para mejor fortuna era de Vizcaya y debía provenir de una familia de ricos y no de agricultores andaluces como ellos. Porque ésa era su condición, por más que el propio Pedro Ramírez se hubiera cultivado a la vera de la biblioteca del párroco de San Lucas de Barrameda, que era hombre letrado y había sido su condiscípulo de escuela. Isabel conocía los reproches que se hacía su padre por no haber instruido a su hija Isabel en el arte de la lectura. Pero, mujer al fin, don Pedro quería de ella otros servicios que no fueran la conversación, y por fortuna su hija tenía la hermosura y afabilidad que le granjeaba a un hombre y protector. Cuando se juntó con Asbaje, don Pedro se ilusionó de poder iniciar conversaciones

sobre el material de su biblioteca. Isabel sabía que, de todas las hermanas, ella era la que estaba más cercana a sus padres.

Ella conoció los pensamientos de su padre cuando volvió a Panoayan, desencajada, a decir que hacía meses que Pedro Asbaje no volvía de Vizcaya. Su padre se arrepintió de haber creído en la honorabilidad del vizcaíno, con quien, además, no había podido conversar sobre lecturas. Ser español rico no era suficiente.

Isabel se persignó cuando escuchó pasos en la biblioteca. La capilla tenía acceso por la puerta contraria y acaso su padre estaba allí haciendo anotaciones, pues no era lo suyo leer por las mañanas cuando todas las faenas del campo lo requerían. Tal vez apuntaba algo en la libreta que Isabel no podía descifrar. Debía apresurarse, pues el ruido comenzaba a arrebatarla de su conversación con el Arcángel.

—Dime —susurró por lo bajo, temiendo que la oyeran—: ¿fue acaso una señal divina la posición del lucero sobre este templo? Lo único nuevo que me ha ocurrido es mirar los ojos color miel del capitán. Y también brillaban. ¿Es el hombre que me acompañará en la vida? ¿Nos protegerá a mis hijas y a mí?

La puerta de la biblioteca se abrió.

—Hija, ¿tan temprano?

Isabel, intimidada, miró a su padre sin encontrar palabras para engañarlo. Le pareció que adivinaba lo que traía a su hija tan de mañana a los pies del mensajero.



LAS HERMANAS

Josefa tomó las bragas de algodón del cajón del armario y las colocó en la cama, junto al resto de la ropa de Inés. Extendió una para ver el tamaño.

—No me vayas a dejar sin ropa —le dijo a su hermana en tono de broma.

Comprobó que no eran las suyas ni las de la María. Ella siempre heredaba las de su hermana mayor, y si estaban en buen estado (que no era lo usual por las lavadas frecuentes) llegaban a la propia Inés. Bragas de algodón bordadas por la abuela, primero, y luego por la nana Catalina, antes de que sus ojos se pusieran amarillos y torpes para colocar cenefas y encajes. El baúl estaba al pie de la cama de Inés. Al fondo habían colocado los botines que se usaban para el frío y que tenían mejor aspecto que los zapatos negros de todos los días, aunque Inés calzaría estos últimos para la travesía. Josefa miró a Inés inclinada sobre las faldas que alisaba con sus manos. Era un gesto ocioso —las pasaba afanosamente por las telas, como planchándolas—, pues al fin y al cabo no librarían dignamente las batallas de la diligencia y la embarcación. En casa de los Mata habría que plancharlas de nuevo. Tal vez eso era lo que anunciaba ese gesto distraído de Inés, una vida para la que requería otro arreglo. La vida de la ciudad. Una vida desconocida. Josefa sintió deseos de abrazarla y se sentó a su lado.

—¿Sabes qué voy a hacer con tu cama?

—Mudarte a ella; tiene mejor vista al pie de la ventana —contestó Inés, eludiendo todo sentimentalismo.

—No, es la más fría. Voy a colocar tu muñeca Serafina y por las noches, antes de dormir, le voy a contar una historia de miedo. Sobre todo cuando el viento roce las tejas y no se sepa si son piedras las que ruedan o pisadas de animales extraños —Inés se apretujó al cuerpo de su hermana, embelesada y temerosa—. Y cuando Serafina se ponga fría de miedo, voy a saltar a su cama y voy a abrazarla así —dijo apretando a su hermana— hasta que se quede dormida.

Josefa sintió el calor de su hermana. Miró la habitación y comprendió que cuando Inés partiera quedaría un hueco en aquel cuarto para tres, y que verdaderamente tendrían que disponer de la cama vacía. Marieta, la mayor, a quien llamaban así para distinguirla de la esclava María, no se interesaba igual por las historias que Inés y ella escuchaban en la cabaña de Catalina. Aquello sobre los cocodrilos que roban los brazos de los niños perezosos, de los murciélagos que se enamoran de las doncellas desveladas, de las tuzas que sienten las vibraciones del volcán bajo la tierra y sacan la cabeza a horas extrañas avisando a los hombres que viene la lava, y de la cueva el Sacromonte donde se aparece el franciscano Martín de Valencia.

Josefa e Inés solían salir de la casa grande después de la merienda, cuando el abuelo se retiraba al salón a fumar su puro y la abuela, en el mismo lugar, tejía la ropa para el invierno. Daban las buenas noches y cuando la nana María terminaba sus labores en la cocina, ellas le pedían que las dejara acompañarla a su casa. Marieta advertía su complicidad pero, sumida en sus rezos, fingía no verlas. Salían por la parte trasera, envueltas en las capas de niebla del invierno, aunque en Panoayan no había temporada del año en que el frío de la noche no acosara el valle bajo los volcanes. Josefa sentía la mano de Inés pegada a la suya,

como un imán. Las dos temían a la niebla que cubría el trigal y los robles de la vereda. A Inés le atraía el poder de ese velo en el campo. «El velo de la niebla —le había dicho a Josefa—, cuando camino y cuando muevo los brazos, se descorre.» A Josefa le gustaba la imaginación de Inés, pues veía en los objetos otras cosas. En verdad la niebla era un velo, tan ligero como el tul del vestido de la Virgen, o como la mantilla de su abuela. Bastaba alzar los brazos para que se abriera un hueco que permitía ver delante la figura de la cocinera María, guiándolas hacia el calor de las cabañas. Entraban a la más grande, que tenía chimenea y en cuyo interior se alineaban algunas sillas. Las niñas se subían a la cama de Catalina, porque allí podían recargarse contra la pared y mirar el fuego trepando por la boca de la chimenea, mientras Catalina soltaba las palabras que la llevaban a una tierra de palmas y cacao, de brisa de mar, que imperaba en esa habitación y permitía que Josefa e Inés miraran olas amarillas en aquel fuego que danzaba frente a sus ojos. Fue Inés quien una noche, mientras regresaban somnolientas y embrujadas de tanto cuento poblado de animales y voces que no conocían en la montaña, puso nombre a aquella sensación. «El fuego se alzaba como el agua del mar y reventaba contra los troncos», dijo con sed de conocer otras geografías. Josefa comprendía que las palabras de Catalina pronunciadas desde su ancho tórax, desde su boca grande en la cara negra, eran en sí un lugar extranjero. Ir a la cabaña por las noches era profanar la quietud de la casa de los abuelos y habitar un mundo ajeno. Inés resistía; Josefa era quien caía dormida primero. En el camino de vuelta, tomadas de la mano de María y en voz baja, para que los abuelos no se despertaran, pedía a Inés que terminara la historia que no acabó de escuchar. Pero Inés no podía repetir la historia; pronunciaba palabras, «se deleitaba con ellas y allí se quedaba, como atrancada», pensaba Josefa. Palabras como *colorado*, *torbellino*, *crepúsculo*. Se quedaba con su sonido, mezclado con

vocablos que no eran del castellano. Cantos de arrullo de Catalina Guatzen, Galanta, Galdunái, musicales y suaves, que Inés iba murmurando por lo bajo como una canción, para no olvidarlas, para informar a Josefa de esa historia que no podía concluir y que le tenía sin cuidado.

—Tú te cargas de palabras —le había dicho Josefa, una noche antes de dormir; pero Inés ya dormía profunda, sosegada; rellena «como el lechón navideño», pensó Josefa, nada más que de puras palabras que había recogido durante el día y guardado en su cabeza.

Ahora, aquel baúl que se llenaba de los sobretodos y los chales y las calcetas tejidas por la abuela, y las blusas de algodón y el saquito rojo de ceremonia y las bragas y enaguas bordadas, se llevaría las palabras de su hermana. Esas cuentas inconexas que le soltaba por las noches, o por las veredas, o que pronunciaba mientras rezaba porque añadía a la oración alguna cosa más que le parecía que la aderezaba, se marcharían de la casa de Panoayan, con los ojos de su hermana, con la mano que ella había guiado hasta la escuela Amiga.

La mañana que supieron que Inés se iría había amanecido nublada y la abuela les pidió que fueran a la vereda por los sanjuaneros. Pasaron a la cocina por los canastos para recoger en la vereda aquellos hongos de lluvia, extensos como sombrillas, de carne blanca y esponjosa. El bosque olía a brea y el frío le rasgaba las mejillas a Josefa. La abuela lo había dicho en el desayuno. La tía María y Juan Mata, su marido, invitaban a Juana Inés a vivir con ellos en la ciudad. Juana Inés se había sonrojado pero Josefa había resentido la elección. En todo caso ella era la mayor y a quien correspondía semejante oportunidad. La abuela Beatriz miró a Inés y recalcó que, conocedores del premio que le había sido dado en Ameca por su loa al Santísimo, pensaban que la

capital podía ser un lugar adecuado para su talento. Josefa escuchó aquellos halagos y el veredicto para el futuro de su hermana como si la yunta le atravesara el cuerpo y la convirtiera en terrones. Eso era, al fin y al cabo, lo que pasaría con ella. Se quedaría en el campo, sería labriega como sus abuelos, como su madre y el esposo que conocería en las inmediaciones; su horizonte sería la montaña y el bosque, el riachuelo que pasaba por la hacienda; mientras su hermana estaría en la ciudad de los palacios, entre carrozas y reyes, con músicos y vendedores, entre indios y negros vestidos de calle, y españoles ataviados a la moda. Lejos de la bosta de las vacas, lejos de los hongos sanjuaneros que esa mañana, mientras Inés los desprendía de la tierra y trozaba su fuste renegrido, ella pateaba encorajinada, celosa de la fortuna que no era para ella. Antes de que Inés llegara al mazo de hongos ella ya se había adelantado y los había pisoteado, desfigurando las sombrillas dentadas, haciendo un despedazadero de carne húmeda que no era posible recoger para que en la cocina les añadieran ajo y aceite y prepararan esa sopa que sólo se podía comer en lluvias. Juana Inés le reclamó y se adelantó corriendo para encontrar un claro donde los hongos estuvieran intactos. Josefa detuvo su ira y contempló la manera en que tomaba aquel hongo blanco y al trozarlo hundía sus dedos entre las laminillas del reverso.

—Mira —le mostró a Josefa cuando llegó—. Me encanta cómo son por el revés. ¡Cuántas repisas tienen!

Josefa hundió el dedo en aquella carnosidad y desbarató las láminas como quien recorre las teclas del piano con fiereza. Juana Inés, atónita, la miraba con aquella maravilla hecha polvo entre sus manos. Ese día no se hablaron más. Cada una tenía sus razones. Ninguna probó la sopa con rama de epazote que tanto les gustaba. Josefa tuvo que dejar que pasaran los días para comprender que aquella injusticia no era culpa de Inés. Pero ahora que realizaban las últimas tareas antes de la despedi-

da, ella comprendía que había algo que la lastimaba más allá de la envidia por el destino de su Inés, y la separación de su compañera de cuarto, de juegos; la única con quien podía hablar del mismo padre al que habían dejado de ver hacía cinco años y a quien contarle lo que la chiquilla no recordaba: cómo lucía su barba espesa y cómo era suave cuando la besaba antes de dormir. Era la indiferencia de Juana Inés hacia su propio dolor, la ausencia de culpa de su hermana que no había dicho nunca: «Deberías ser tú quien se fuera», que no había tenido un miramiento con el agravio que significaba no haber sido elegida.

—Te voy a extrañar —le dijo Josefa cuando cerraron el baúl, como si al hacerlo aceptara el destino. Pero Inés no contestó, se asombró por el rigor con que la lluvia caía justo en ese momento y salió al pasillo para mirar el espectáculo. Josefa contempló a Juana Inés, con aquella larga trenza oscura cayendo en la espalda, que miraba el resbalar del agua en las tejas planas y la caída de la cascada furibunda frente al alero. Se puso a su lado para abarcar lo que los ojos de su hermana registraban en esa última tarde en Panoayan.

—Voy a extrañar la lluvia —le dijo Inés.



BEATRIZ, LEJOS DEL MEDITERRÁNEO

Beatriz Ramírez había aceptado su destino de mujer que se embarca con el marido, cruza el Atlántico y llega a la Nueva España, con sus vestidos de verano, airosos para pasear en el malecón de San Lucas de Barrameda, demasiado airosos y frescos para la sierra de Huichapan, difíciles de usar en las humedades frescas de Nepantla, imposibles en Panoayan. Mientras hacía vainica a aquella saya de lino de su nieta, bajo el alero de la casa grande, pensaba en aquel vestido de pintas verdes que había estrenado a los dieciséis años. Tenía un escote pronunciado y era preciso que lo llevara con un mantón blanco. Aun así, cuando su madre la perdía de vista y ella se escabullía con las amigas en aquel paseo donde bebían horchata y gozaban el frescor del domingo, ella dejaba que el mantón le resbalara hasta los codos y lucía ese escote con senos firmes y vistosos. Su piel apiñonada, su cabello oscuro y el verde le ganaban las miradas de los chicos. Algunos pasaban por la panadería de su padre para seguir mirándola entre semana, cuando ella ayudaba a la hora de la merienda despachando la bollería. Beatriz sonrió porque la tarde plácida, con el revoloteo ocasional de un petirrojo en el único árbol del patio, le devolvía la fortaleza de su pelo bruno, su propia sonrisa. Cómo le hubiera gustado que alguien la pintara, como a los grandes señores, y conservar una imagen de lo que

había sido para no estar tan sola con su recuerdo. Era verdad que a veces Pedro, por las noches, se le acercaba en el lecho inesperadamente, deseando todavía las lindeces caídas de su cuerpo, y así, en penumbra, la lisonjeaba. «Cuando iba por el pan, quería robarme los bollos de tu escote.» Pedro los acariciaba inventando su pasada altivez y Beatriz, bajo las manos toscas de su marido, recobraba su jugosa mocedad. Quién hubiera dicho que tanto atrevimiento de Pedro Ramírez la arrancarían del olor a pan recién horneado por su padre, del dulce canto de su madre, de su hermano Juancho, tan dispuesto a la bellaquería y a la risa, de su perra Petronia, del burro Pancrasio en el que cargaban el pan que repartían a la alcaldía y a los caseríos de las afueras del pueblo. Quién hubiera imaginado, cuando andaba revoloteando con su vestido verde alunarado en las fiestas de la Almudena, que su primo Pedro Ramírez ya la tenía en la mira, para herirla con su pupila, con sus palabras y sus manos que la pedían en matrimonio. Qué fácil dijo entonces que sí al casorio con el joven de las ideas firmes, que presumía de criar las ovejas del padre y de haber hecho dinero con ello, el suficiente para que tomaran el barco a la Nueva España y tuvieran casa, dinero y se volvieran los señores que San Lucas de Barrameda no permitió. Ya no más el pastor y la panadera. Beatriz lo debió sospechar cuando Pedro Ramírez, viviendo a pie de mar y viendo todos los días los barcazos y barquitos zarpar, se enorgullecía de que Cristóbal Colón hubiera partido de San Lucas a su tercer viaje a América. No era difícil que se le ocurriera treparse en el barco sin ovejas pero con el oficio de ganadero y con la mujer del vestido de lunares verdes y con la idea de cruzar el océano para empezar una vida incierta. La colonia no tenía ni cien años de fundada y ya se hablaba de sus maravillas. Llegaban noticias de los que regresaban cargados de riquezas, o de los que nunca volvían y permitían que quienes se quedaban en la España de Carlos V se solazaran en imaginerías de paisajes coloridos en

flores y aves, en chorrear de agua y verdor permanente, en casas con muchas habitaciones y servidumbre, y un clima en que el frío era la excepción. Tanto viajero ensalzando, y Pedro Ramírez tan aguerrido, que a Beatriz no le costó trabajo empacar en aquel baúl de estreno su ajuar de recién casada, sus sábanas bordadas, sus mantillas y su entusiasmo, y hacerse a la mar. Hacerse al amar. Porque de qué otra manera hubiera partido tan ligera, sabiendo que no volvería a ver a su familia. Dejó a un lado la saya blanca y la silla de bejuco que sostenía su espalda y caminó a la cocina. Preguntó a María si ya estaba horneado el pan de la merienda. Pero la negra le señaló una tortilla en el comal.

—Es temprano para los recuerdos, señora Beatriz —le dijo.

La conocía. Sabía que cuando se le metía en la cabeza la tierra que había dejado, tenía que desatragantarse con miga de pan recién hecho, como si se le hubiera atravesado una espina de pescado.

Pero Beatriz no comía tortilla, no le gustaba el sabor del maíz, y aunque Pedro se había amoldado a las costumbres de esta tierra y comía lo mismo los cactus rebanados que las espesas salsas de pimientos, almendras y chocolate, ella no se podía hacer a los sabores mezclados de lo dulce y lo picante. Miró en el horno donde crujía la leña y pidió a María que le avisara en cuanto saliera un bollo.

—¿Le falta el mar? —le preguntó María.

Beatriz no contestó, porque no le gustaba compartir sus tristezas. Tenía un buen hombre a su lado, y después de dejar tanto, eso la consolaba. Tenía suerte. Sería la Virgen de la Almudena que la amparaba en su habitación, con su vestido blanco, lavado y relavado en los trajines de la mudanza. Tenía suerte de seguir acompañada. Sus hijos varones no habían hecho vida con mujer alguna, su hija Isabel se quedaba sola con tres criaturas y ahora comenzaba nuevos lances en Nepantla. Y ella seguía con el hombre que le había dicho al otro preten-

diente, Andrés, que si le rondaba bajo la ventana de casa lo colmaría a patadas, el que la llevó del brazo en la procesión de la Virgen para la Semana Santa, y así, entre saetas, pegadito a ella, embelesado por sus ojos oscuros, su cuerpo acinturado, sus redondeces, le susurraba que era más guapa que la Virgen y que la quería para él solito. Que no la iba a compartir con ningún moscardón y que él sabría hacerla feliz; le daría casa, comida, compañía, placeres y palabras, y Pedro Ramírez, cuarenta años después, lo seguía haciendo. Quiso decirle cuánto extrañaba el vestido verde de pintas con que él la asaeteó con la mirada. Pero ella no compartía sus tristezas. Maldito bollo que todavía estaba crudo. Quién iba a imaginar: señora de Almudena, que pariría en el otro lado del mar once hijos de Pedro Ramírez de Santillana.

Decidió buscar a su marido. La tarde caía franca y no esperaba que siguiera en el campo. Después de la siesta, su marido solía caminar un poco y luego apartarse a la biblioteca. Aquí, en Panoayan, habían podido construir capilla y biblioteca, una al lado de la otra, para que la bendición de Dios los colmara de dones y conservara la salud de los hijos nacidos en Nepantla y en Huichapan, y ahora la de los nietos, y que su marido pudiera dedicarse a las lecturas que tanto le placían, pues había sido varón afortunado en tener instrucción. Que no todos la tenían y ellas casi ninguna, pero Pedro fue a las enseñanzas, y como su padre era amigo del alcalde y del cura, le había escuchado sus conversaciones y había visto que se perdía entre las tapas de aquellos libros que se antojaban secretos.

—Por eso me gustan, Beatriz —había dicho a su mujer—. Con ellos me desaburro; puedo ver nuestra España y me entretengo con las andanzas de los caballeros.

Beatriz recorrió el pasillo hasta la biblioteca; al ver la puerta entornada asomó la cara. Frente a la mesa, en su silla de lectura, Pedro tenía a Inés en las piernas, mientras le mostraba el libro

que estaba sobre la mesa. Beatriz se acercó despacio; no quería interrumpir, pero no podía resistir contemplar aquello que los tenía absortos y juntos. Los dos apenas levantaron los ojos, y sin emitir palabra siguieron en lo suyo. Beatriz se colocó a espaldas de su marido y con la luz de la vela asistió a lo que ellos miraban. Eran mapas del mundo. Lo que le faltaba.

—Así creían que era el mundo hasta que Cristóbal Colón llegó a esta tierra donde tú naciste —y Juana Inés, con su dedo, recorría el camino desde Portugal hasta las islas del Caribe.

—¿Aquí llegó, abuelo? —y con su voz menuda y ronca, descifró el nombre del sitio donde había puesto el dedo: Santo Domingo.

Beatriz asistía a un diálogo imposible de entender para ella. La niña leía. Ninguna de sus hijas había aprendido. Sería que ahora su marido tenía el tiempo de sentarse a compartir libros y que antes las faenas del campo lo tenían tomado. Ahora había más servidumbre y las tareas mayores las hacían otros. Pedro se había ganado el tiempo de lectura y con ello la cercanía de su nieta.

—Pero, ¿así se llamaba la isla cuando llegó Colón?

—Así le puso; el castellano es cosa que se trajo del otro lado del mar. Aquí había indios, nada más.

—¿Y negros? —preguntó inquieta.

Beatriz quería escuchar la respuesta. Comprendía que la presencia de la nieta le daba luz a Pedro, como cuando charlaba con su yerno Juan Mata durante las pocas veces que venía desde la capital, o como la que había iniciado con Diego Ruiz Lozano, quien pretendía a Isabel y quien, como capitán, tenía una conversación que agradaba a Pedro. Las preguntas de la niña le gustaban.

—Vinieron por barco, desde África, pero no por su voluntad, como nosotros. Ellos están hechos para el trabajo; por eso son negros.

Juana Inés pasó la hoja hasta que dio con el mapa.

—Mira, abuelo, esto es África.

Entonces, Beatriz se acercó al cuaderno para comprender de qué hablaba y cuando reconoció lo cerca que África estaba de España, sintió que ellos, los que trabajaban en su casa, no eran tan lejanos, y que también padecían de *arrancamiento*. Ésa era una palabra que se le había ocurrido un día al recoger setas de san Juan, mientras les tronaba el tallo para zafarlas del suelo. Ese arrancar tan fácil e irreversible le recordaba su situación.

—Pero algunos ya nacieron aquí. Como tu madre —explicó Pedro.

—¿Entonces son de dos lados? —preguntó Inés.

—De dos lados no; del más nuevo que es hijo de España.

—¿Pero no hay Nueva África?

—No, hija, ellos sí son de dos lados.

Beatriz sintió esas palabras como dardos que se clavaban en los lunares de su vestido verde aceituna y que le sacaban puntitos de sangre. Tal vez sus hijas Beatriz, Isabel y María sí eran de este lado; pero ella, Beatriz Ramírez, siendo de dos lados, era sólo de uno: de Pedro Ramírez.

Salió de la biblioteca por la capilla y oró frente a san Miguel; pidió por la larga vida de su marido, porque sin él ella no tendría sitio. Esa noche, después de comer el pan recién horneado de la merienda, Beatriz fue quien se acercó al cuerpo recio de su marido, fue ella quien rozó sus pechos contra la espalda porque quería que le mostrara una vez más que ella era suya. Y Pedro no pudo resistir la provocación de su mujer.



MARÍA IZTA DE LOS VOLCANES

Ser la mayor no era fácil. No era raro que el padre se ausentara, pues a menudo iba a la capital o al puerto de Veracruz a vender las pieles de becerro o de cabra o las de oveja de cuya suavidad presumía; pero esta vez había transcurrido más de un mes y dos y entendía que algo no estaba bien. Su madre se había puesto enferma, alegaba que eran las jaquecas y pedía que las tres niñas la dejaran sola en la habitación de la casa grande de Nepantla.

—Llévate a Josefa y a Juana Inés a pasear, vayan por la miel. La miel me hará bien.

María, Marieta, como la llamaba su familia, prudente por demás, no se atrevía a preguntar por el padre; sólo sentía un extraño cosquilleo en la panza. Advertía que la normalidad se había violentado. Pedro de Asbaje tardaba no más que un mes en aquellas ausencias de comercios, y al regreso las colmaba con regalos: a su madre, zarcillos que tanto le gustaban; a ella un abanico de caras chinas; a Josefa y a Juana, un juego de té en miniatura. Eso era lo que había traído el padre en su último viaje. María estaba pendiente aquella mañana del trote de caballos mientras se alejaba con sus hermanas. Miraba de cuando en cuando hacia la entrada de la finca junto al camino, pero no había más ruido que un pasmoso zumbido de abejas y las voces de Josefa y Juana que cantaban la tonadilla de los peines. María se resignó y alejó la vista y

los oídos de la promesa del galope que anunciaría el regreso de su padre. Se concentró en el verdor al frente, en que bajaran con cuidado por la ladera de la barranca hasta el borde del río. Su madre no enfermaba fácilmente, era alegre. A veces callada, pero no se encerraba como estos días en que la luz del sol le molestaba. Tal vez sabía algo que María y sus hermanas ignoraban.

Se enteró días después, ya que su madre seguía en cama y, siendo la mayor, la mandó llamar. Estaba recostada, con el pelo recogido en una trenza oscura que caía sobre su hombro. A María no le gustaba verla así; que estuviera enferma era como si permaneciera lejos. ¿Acaso se enteró de que la sangre le había empezado a escurrir entre las piernas y que había sido Francisca quien le dio los paños para que los colocara en las bragas, atados a la cintura para evitar que se movieran? Y ella asustada, y la negra diciéndole que no molestara a su madre. Ella harta, aburrida de que su madre fuera una cosa ajena. ¿Qué no imaginaba que a ella y a sus dos hermanas también les dolía la ausencia de su padre? María no preguntó nada; se acercó disimulando la rabia que le producía la postración de su madre.

—Estoy sin fuerzas —la escuchó—. Nos iremos a Panoayan, a la casa del abuelo Pedro.

A María le pareció que las palabras caían como el agua de la cascada en el río, que le pegaban en la coronilla y que escurrían por su cuerpo llevándosela de esos campos, alejándola para siempre de los paseos con su padre, quien le describía la tersura de las pieles, cómo las secaban y les daban color, y cómo las había crespas o blandas; cómo unas eran buenas para cinchos, otras para calzado y sólo algunas para las chaquetillas y los gabanes. Y su madre insistía:

—¿Escuchaste, Marieta? Ve con tus hermanas para que guarden sus cosas en los baúles.

María, sin moverse, sus pies fundidos con la esterilla de la alcoba.

—Marieta, ¿estás bien? —preguntó su madre.

—¿Empacar todo, mamá?

Y ahora estaban de vuelta en Nepantla, para celebrar el bautizo de Antonia; nada más que en esa casa de Nepantla ni Josefa ni Juana ni ella tenían ya lugar. Inés y ahora Antonia ocupaban su antigua habitación. Francisca las recibió con una sonrisa cuando bajaron de la carreta. Ese día su padrastro festejaba por todo lo alto. Dispuso dos carretas que llevaron a la familia de su mujer desde Panoayan hasta la iglesia en Chimal y luego a Nepantla.

—Querubines —dijo la negra, manoteando en el aire. Y aunque besó mucho a Josefa y a Juana la vio muy grande y lo resaltó; a María la apretó contra su pecho como si se la hubieran desprendido sin quererlo ella. Pero María había aprendido como hermana mayor a no llorar, a pesar de que la tibieza oscura de Francisca la ablandaba como a una ciruela en dulce.

—Y tú, ¿vas a la escuela con tus hermanas?

María hizo un gesto de desdén; ella bordaba como su abuela, con muchas linduras, y por ser la mayor ayudaba en las faenas de la casa, como lo había hecho en Nepantla. Y aunque sus hermanas insistieron en los primeros días de Panoayan que jugara al té con las muñecas, ella había desistido ante la vista de ese juego de cerámica en miniatura que su padre presumía venía desde China. Solía encaramarse al piso alto junto a la capilla y sentada en un poyete se abanicaba primero suave y luego más fuerte mirando los volcanes que allí se contemplaban más cercanos, como si del cono del Popocatépetl fuese a brotar Pedro de Asbaje con una vasija llena de lava dorada: «Para la princesa de estos lares», como solía llamarla. En tardes así, en las que se iba acostumbrando a no verlo más, se solazaba en el tesoro de sus recuerdos. De las tres hermanas sólo ella había sido la «princesa de esos lares» y si las otras dos andaban jugueteando —Juana husmeando en la biblioteca del abuelo Pedro, Josefa

en la cocina con la negra María—, ella podía soñar con su padre y en esos momentos estaba segura de que no la había olvidado.

Pero volver a Nepantla era un crudo recordatorio; pensó negarse. Aquella mañana del bautizo de su hermana Antonia Ruiz, inventaría, como su madre, una jaqueca. Su abuela diría que era una maldita herencia y pasaría el día encerrada en Panoayan, o caminando por el bordo de las hayas, lejos de todos, tan lejos de la nueva familia de su madre como de su padre, que pasados ya tres años no había enviado una línea y algunos sospechaban que estaba muerto, aunque su madre no. Bien decía que de los muertos siempre se sabe, sobre todo si son de cierta importancia. Y su padre, curador y vendedor de pieles de Vizcaya, lo era. Aquella mañana del bautizo vio desde su cama a Josefa y a Juana lavarse la cara en el aguamanil y luego ponerse aquellos vestidos que la abuela y ella habían confeccionado para la ocasión. Era la segunda hermana que le nacía a su madre de ese nuevo padre que vivía con ella en Nepantla y María ya debía haber pasado los sofocos pero en aquella ocasión el bautizo de Inés fue en Amecameca y el ágape allí mismo, en Panoayan: el patio central se había convertido en enorme comedor. Qué contentas sus hermanas, iban a una fiesta y verían a su madre y a la pequeña Inés Ruiz, y eso las alegraba. Para ellas, Pedro de Asbaje era un fantasma. Josefa recordaba su bigote y sus ojos claros, pero precisaba la confirmación de la mayor.

—¿Verdad, Marieta, que tenía los ojos verdes?

Juana, en cambio, de esos tres primeros años no poseía más que una voz, eso le dijo un día a María.

—¿Papá hablaba muy bajo?

Curioso que su hermana pequeña recordara esa voz susurro de su padre. María pensó que tras aquella voz Juana debía guardar algunas palabras. Se le ocurrió preguntarle desde la cama que aún no abandonaba:

—¿Qué te decía papá, Juana?

Con el vestido azul cielo que Josefa le abotonaba a la espalda, Juana, desconcertada, miró a su hermana.

—¿Papá?

—Sí, el de la voz suave.

—Ah, ése —contestó sorprendida, como recuperando algo entre velos.

María recordó la cascada de la barranca y aquella noticia de su madre, y vio a Juana al otro lado de la cortina de agua. Parecía que hacía un gran esfuerzo; luego dijo, aunque no eran palabras de niña y era una mentira:

—Óyeme con los ojos.

Sus hermanas volvieron al arreglo y María, perpleja y aliviada, sintió la cercanía del padre. Se puso de pie a todo vuelo y le plantó a Juana un beso en el cachete. Se dieron prisa para estar a tiempo cuando llegara la carreta para Chimal.

Esa mañana, María no quería separarse de Juana Inés. La llevaba de la mano, aunque Josefa recelara, para entrar al atrio de la iglesia. Quizás ella había estado demasiado distante, enfurruñada con su madre y con su padre, para notar esa clara sagacidad de su hermana menor. Por algo la maestra de la escuela Amiga no protestó cuando, desde pequeña, Josefa la llevó consigo. Ahora que Juana Inés había cumplido siete años la miraba por primera vez. Ya no como una muñeca a quien coser vestidos, o alguien a quien cantar canciones a la hora de dormir, porque desde que su madre se mudó a Nepantla con el capitán, ella había adoptado la misión materna. Por nada en el mundo iba a permitir que sus hermanas sintieran el hueco que ella sufrió durante los días de enfermedad de su madre.

Curioso como ahora, aunque la madre viviera lejos, no la sentía así. Su rostro era vivaz, se reía a menudo y cuando comían todos juntos en las celebraciones, el capitán tenía muchas atenciones con ella. La llamaba Bellota cuando pedía el pan en

la mesa o para avisar que saldría con el abuelo a hablar de negocios —lo cual a Josefa y a María les daba mucha risa—; pero su madre no se daba cuenta, estaba volcada con Inesita y ahora Antonia había nacido en ese hogar de mujeres.

—Estoy condenado a las mujeres —suspiraba el abuelo cuando se veía entre todas ellas.

Esperaba que algún hombre rompiera ese rosario.

Caminaron atrás de sus abuelos y de sus tíos Diego y Magdalena, y de Pedro Ramírez, su primo, que ya era un joven, por entre los fresnos cubiertos de heno hacia el pórtico de la iglesia. Allí, a la entrada, María podía ver a su madre, vestida de gris perla, cargando a la nueva hija que parecía un capullo de mariposa, toda blanca. Juana se desprendió y corrió para abrazar la falda de su madre. María la alcanzó junto con Josefa. Notó que Juana, en lugar de ver la carita rosada de su nueva hermana, que hacía gestos, hundía el rostro entre la tafeta aperlada de su madre. El capitán acarició la cabeza de Juana, que remolona lo evitó.

Era momento de ser la hermana mayor, y después de besar a su madre y saludar al capitán, tiró de Juana.

—Mira a la criatura. Le van a hacer lo mismo que a ti en este lugar. Unas gotas de agua en la cabeza.

Juana, intrigada, se desprendió por lo que su hermana sabía.

—Aquí te bautizaron —dijo María y la jaló al interior de la parroquia de San Vicente Ferrer, hasta el borde de la misma fuente. Observó el asombro de Juana y cómo miraba el agua cristalina del interior—. Es agua bendita —le explicó, metió un dedo a la fuente y la dejó escurrir sobre la cabeza de Juana—. Yo te nombro «Princesa de estos lares».

Juana la miró, sorprendida de que fuera tan fácil mudar los nombres.

Ella también metió su mano e hizo que María se inclinara para que pudiera rociarle la cabeza.

—Yo te nombro Izta. María Izta de los Volcanes.

Josefa se acercó; había advertido un juego que le intrigaba, pero ya las voces del coro comenzaban a entonar el «Ave María» y el cura, que cruzaba desde el altar, severo, las observó.

María tomó a Josefa con una mano y a Juana con la otra. Y así, ungida con un nombre nuevo, salió de la capilla para unirse al cortejo que acompañaba a su nueva hermana, a su madre y al capitán, segura de que con sus manos enlazadas a las de sus hermanas evitaba que el Asbaje de su sangre y la voz susurrada de su padre se perdieran para siempre.



UN POEMA ANTES DEL BAÑO

A Refugio Salazar no le sorprendió la noticia. Fue el sacristán quien tocó a la puerta de su casa el Domingo de Ramos para que, por orden del vicario de San Miguel en Amecameca, fray Gabriel de Neira, avisara a su alumna que la esperaban para premiar su trabajo. Fray Gabriel no tuvo duda de que si alguien escribía en aquel pueblo era porque asistía a la Amiga como seguramente lo hacía la que firmaba aquella loa al Santísimo Sacramento, rimada impecablemente, escrita con caligrafía minuciosa, mezclados el náhuatl y el español, que hablaba de los indios de esa tierra, de novillos y de una abuela española, con un solo tachón que se podía pasar por alto dada la juventud de quien firmaba: Juana Inés Ramírez de Santillana, siete años.

Refugio hizo pasar al sacristán; hacía frío en aquella conversación de puerta abierta, pero el muchacho insistió en que las actividades de aquel domingo no le permitían aceptar el chocolate que la viuda le ofrecía. Así que, en cuanto cerró la puerta, Refugio vertió el chocolate caliente en el tazón y se sentó al borde de la ventana de la cocina. Durante los domingos la casa no tenía ruidos, Casia descansaba o se iba a misa y a pasear, y tenía amigas en las casas vecinas y un muchacho chalco que la cortejaba y quien, temía Refugio, acabaría por dejarla preñada; entonces su renta menguaría y las donaciones de las familias adineradas, por

su labor de enseñanza, serían insuficientes para la crianza del niño, y —quién quitaba— existía la posibilidad de que el muchacho se instalara para vivir con la familia inaugurada.

Refugio se santiguó apreciando la quietud y saboreó a tragos acanelados la feliz noticia. Conocía aquella loa; fue ella quien instó a sus alumnos a participar en el concurso para niños y jóvenes. Pasaron varias semanas desde que había atizado aquel fuego y sólo Juana Inés le había dado a revisar su trabajo con rima natural y dulce en octosílabos: «Eso que los indios hacen / para eso los de mi tierra / que lo hacen con bizzarría / y no aquesta borrachera». Josefa fue quien lanzó a su hermana al ruedo al final de la clase.

—Mi hermana trae un poema para el concurso que usted dijo.

Juana Inés sacó de su cuadernillo aquella hoja doblada que la maestra recibió y leyó en su escritorio, mientras los ojos oscuros de las dos hermanas la contemplaban incisivos. Cuando Refugio desprendió la mirada de aquellas líneas releídas, Josefa se distraía con el alboroto de los pájaros carpinteros y los de pecho azul, y Juana Inés, en cambio, no la había dejado de observar. Refugio trató de aplacar la emoción de la voz; mesurada le explicó que era preciso corregir la escritura de dos o tres palabras, pero que la música del texto y su tersura eran asombrosas. Juana Inés sonrió discreta. Refugio le dijo que allí mismo reescribiera la loa y que si las chicas tenían tiempo la podían entregar juntas en la iglesia. Josefa salió del aula, mientras Refugio acercaba el manguillo y la tinta a su alumna y señalaba las palabras defectuosas. Un buen rato se quedó mirando aquella mano menuda que con esmero hundía la plumilla en el frasco de tinta oscura y delineaba sobre la hoja, copiando la versión anterior, haciendo las enmiendas y alterando de última hora algunas palabras. Refugio pensaba que observar aquello era como cuando un crío se pone de pie y anda sin la mano de la madre, como cuando un pájaro echa a volar;

que estaba siendo testigo de un manantial que brotaba en la superficie de la tierra. En el cielo de marzo un rayo irrumpió; Josefa entró apresurada: habría tormenta, tenían que volver. ¿Y si se quedaban en su casa?, propuso la maestra. Mandaría un chico a Panoayan para que avisara. Había sido una propuesta espontánea, un deseo de que aquel prodigio se prolongara, de saber cómo las palabras habían venido a aquella mente niña con tal música y tal soltura, y cómo podía tejer la lengua de la tierra, la de la casa y la del campo. Pensaba, también, que era bueno que el poema entrara hoy a la iglesia, antes de que venciera el plazo, para que quien lo leyera lo saboreara y volviera a él, y atrapada entre las mieles de aquellas imágenes sonoras supiera que estaba ante el parto de una poeta.

Juana Inés buscó la aprobación de su hermana, pero Josefa decidió que la maestra entregara el poema y que ellas volvieran porque no tenían la costumbre de dormir fuera de casa, salvo cuando se quedaban en Nepantla. La maestra tomó la loa y abrazó a Juana Inés.

—¿De dónde sacas las palabras?

—Las oigo y las veo —contestó Juana Inés.

—Se la pasa en la biblioteca del abuelo —agregó Josefa, entretenida con la rareza de su hermana.

—¿Y dónde la escribiste?

—Sobre la mesa del abuelo, con su tinta y su plumilla.

—Sólo a mí me lo dijo —intervino Josefa, que comenzaba a comprender que la maestra estaba gratamente sorprendida.

—¿Y lo leíste? —preguntó Refugio.

—Es largo y yo no entiendo de poemas, por eso se lo trajimos a usted —se defendió Josefa.

—Han hecho bien. Corran a casa y tengan cuidado de los rayos.

Cerró la puerta que el viento azotaba y observó a las chicas hasta que se perdieron por el lado opuesto. Olía a lluvia cerca-

na, el cielo se iluminaba de improvisto en aquella tarde de marzo que adelantaba las lluvias de verano. Echó a andar con el poema protegido bajo su capa, pensando en la espontánea gracia de los versos, y ahora, mientras acercaba el chocolate humeante a su boca, sentía el peso de la palabra *orgullo*.

Gozó esa noticia que todavía era sólo suya. Iría más tarde hasta Panoayan; no permitiría que nadie más hiciese saber a Juana Inés y a su familia que había ganado el concurso y que se requería su presencia el Sábado de Gloria, cuando se haría la ceremonia de premiación. Esa mañana se saltaría la misa, que Dios la perdonara; aunque, por lo pronto, tenía mucho que agradecerle, pues a pesar de no haberle dado hijos y de arrebatarse al marido, poseía las palabras para enseñarlas y ahora la revelación de un don en una de sus alumnas. Ella, Refugio Salazar, había enseñado las letras y los vocablos, y de todas las tierras infértiles o sosegadas en las que había desparramado la semilla, ese día era suya la dicha de que brotara un vergel. Aun si fuera lo único que escribiera Juana Inés, aun si ese poema fuera un rayo pasajero como los que esa noche la acompañaron a casa preocupada por la travesía de las niñas Ramírez en el bosque, se daba por bien servida.

No podía saltarse el baño porque era domingo y así lo acostumbraba. Casia había dejado el agua hervida en la tina para que, a jicarazos, lavara su cuerpo, poco mirado desde que el marido muriera y se llevara sus calores y sus deseos. Era curioso, pero la noticia le había inflamado el ánimo, y el gozo del agua resbalando en su piel cetrina era mayor y era celebratorio. El sonido del agua vertida que caía en la tinaja le prodigaba un deleite infantil. ¿O era acaso que las palabras de la niña poeta le devolvían la vida? Ese poema no existía y escribirlo era llenar un espacio vacío, era poblar un pedazo invisible. No lo había pensado nunca porque no había estado en el filo preciso donde algo se produce. La loa sería leída en público y los escuchas ten-

drían nuevos acomodados de palabras que no poseían antes y todo porque una niña se había sentado a construir imágenes y emociones desde su sabiduría menuda y asombrosa.

Si hubiera tenido un hijo —pensaba mientras se restregaba el vientre que nunca había crecido como el de otras mujeres— le habría leído los versos de los libros, los rezos, los salmos, para que su alma se llenara del poder de las palabras. Habría construido tal vez un cura o un obispo que cautivase con la verdad de sus sentencias, con la belleza de las verdades divinas, o un licenciado que litigase con las palabras para convencer a los jueces de su verdad, o un gobernante que trajera consuelo por las cosechas perdidas y que prometiese puentes y sanatorios y un futuro de grandeza y bienestar. O un hombre que con palabras se explicase el mundo, los planetas y las estrellas en el cielo, el crecimiento de las plantas, las dolencias del cuerpo. Porque un poeta no era cosa corriente, y menos en una mujer tan niña, tan de campo, tan lejos de las universidades y de la capital.

Una vez vestida y protegida con la capa de paño de aquel clima cambiante de primavera, caminó a la casa de mulas para que la llevaran a casa de los Ramírez, en Panoayan. Confiaba en encontrarlos y sorprenderlos. Además, ella misma quería ver cómo era la biblioteca de don Pedro Ramírez, que tanto bien hacía a la pequeña poeta. Pero el mulero estaba dormido sobre los sacos de trigo en el tejabán y tuvo que acercarse mucho y soportar su olor a pulque rancio mientras lo zarandeaba para que despertara. Y aunque dudó de la solvencia física de Pancrasio, no tuvo más remedio que ponerse en sus manos en el camino. Un poema como el de Juana Inés bien valía el riesgo.



LA VOLUNTAD DE PEDRO RAMÍREZ

Estar alrededor de aquella mesa, rodeada de sus hermanos y sobrinos, le producía a María Mata gran desasosiego. Podría jurar que el aire del campo ya no le venía bien y que, a pesar de haber vivido en Panoayan, su cuerpo padecía el polen de los nogales, el ondular de las espigas, la bosta de las vacas. El negro Jacinto virtió el agua de limón en su vaso y María lo apuró, pero no fue suficiente para quitarle el mareo que tal vez le venía de aquel largo trayecto desde la capital. Observó la cara de su hermana Isabel, que ya la miraba asustada porque se había desplomado de lado sobre la silla vacía, justo en el momento en que la pequeña Juana Inés se había levantado para ayudar con el cesto de pan que no estaba en la mesa.

—Eso de viajar sola no te va bien —le dijo Isabel a su hermana con una sonrisa cuando la vio abrir los ojos y entrar en color.

La mirada de María vagó entre las vigas del techo del comedor y las palabras de su hermana. Notó que las manos de Isabel desataban la falda un tanto ceñida en la cintura. Se sabía que esas acciones ayudaban, aunque no se supiera la razón del vahído súbito, del trastorno de la vertical. Tal vez Isabel tenía razón; no acostumbraba venir sola a Panoayan. El trayecto desde Santa Anita a Chalco por agua era lento, largo y húmedo, y en Chalco era preciso abordar la diligencia hasta Amecameca y, apeándose

en la ciudad, ir en mula o a pie hasta Panoayan. Por otro lado, desde que se casó y emigró a la capital no había hecho el viaje a solas. Aunque cuando se incorporó, ayudada por las sales de enebro que alguna de sus hermanas o cuñadas le acercó a la nariz, y vio a su madre impávida, ajena a lo que ocurría del otro lado de la mesa, comprendió que era la falta de su padre, el gran hueco que había dejado Pedro Ramírez, lo que la había violentado así, adelantando las respuestas de su cuerpo a los pesares del pensamiento. Beatriz Ramírez salió del ensimismamiento preguntando a diestra y siniestra qué pasaba. Y cuando se le puso al tanto, le dijo a María que tal vez era una locura venir de tan lejos habiendo dejado a los críos y sin el cuidado de su yerno, a quien tanto estimaba. María se ofendió con los comentarios de su madre. Juan era su yerno favorito, pero tal vez no sólo era su yerno favorito, sino que su presencia resultaba más grata que la de ella misma. Juan era afable, conversador versado; el comercio de los vinos lo había colocado en muy buen lugar. Sabía lo que pasaba entre virreyes y nobles porque estaba convidado a las tertulias de palacio. Su madre gozaba el cotilleo de aquel mundo ajeno, el de los palacios y las plazas, de obispos y de grandes mercados, de vestimentas vaporosas y de damas empolvadas.

—Pues no ha venido, madre, pero yo sí —dijo María, ya compuesta, y de nuevo bebiendo limonada que Jacinto dócilmente insistía en verter—. Y vengo por cuestiones que mi marido y yo hemos discutido y que quiero exponer aquí a mis hermanos todos y al capitán Diego Ruiz Lozano.

De inmediato, el capitán hizo callar a los pequeños de los hermanos Ramírez que cuando se reunían formaban una prole extensa. María, la negra, salió de la cocina con el puchero para servir a los invitados, pero Isabel, que vivía allí, pues había recibido Panoayan como herencia de su padre, como dueña y señora, indicó que aguardara. María esperó a que la negra reculara con el perol y dijo a su madre que Juan y ella querían invitarla a

vivir con ellos en la capital. Que no les parecía que estuviera sola en esa gran casa, con los fríos y las lluvias, y que al fin Isabel y Diego ya se encargaban de la crianza y la cosecha. Que sus nietos apreciarían mucho su presencia. María, que tanto tiempo llevaba lejos de Panoayan, había emulado la cordura y las acciones de Pedro Ramírez. «De quedarse sola Beatriz, acógela y dadle una vida tranquila y amorosa», habría dado por sentado su padre. María había hecho suya esa misión inexistente. Tal vez porque haberse mudado a la ciudad le hacía culpable de la distancia que ahora, a falta del patriarca Ramírez, debía subsanar con la presencia de su marido.

Hijos y nietos miraron a Beatriz, que pellizcaba la miga del pan y la moldeaba entre sus manos huesudas. Por fin, Diego, que sintió su deber de yerno no oficial ultrajado, indicó:

—Pero ésta es su casa, doña Beatriz. Isabel y yo no tenemos intención de que se vaya, pero si los climas de la capital y la vista de sus nietos Mata la alegran, todos estaremos de acuerdo con su bienestar.

María miró severa al capitán. Así como le había alegrado que acompañara a su hermana, le parecía que usurpaba el cargo de su padre, con elegancia, pero resobándolo a los demás. Era increíble que su hermano Diego —para colmo, con el mismo nombre que el capitán—, desde que se había asentado en Nepantla con Magdalena Cortés, pagando el arriendo de la finca con dificultades, no emitiera palabra alguna para proteger a su madre. María conocía el tamaño de su carácter, pero fantaseaba con saberlo algún día protector como su padre o como su marido.

La negra María volvió a aparecer con el perol y esta vez no esperó instrucciones; conocía los horarios alimenticios de su patrona y cómo le crispaba contravenir las órdenes del estómago, así que sirvió en el plato a la señora Beatriz, que ya metía la cuchara.

—Piénsalo, mamá.

Beatriz la miró y, después de dos cucharadas de aquel caldo de carnes y papas que la reconfortaba, contestó con un vago «Ya veremos, ya veremos».

María no dijo más, y el comedor se fue llenando del ruido de cucharas y masticaciones y risas de los niños que correteaban cerca de sus madres, inquietos, de pie sobre las bancas. Juana Inés le dijo por lo bajo a su tía que la abuela ya no era la misma. María volteó a ver a su sobrina como si en aquellas palabras hubiera un eco de Pedro Ramírez, no el que ella se había impuesto, sino una calca niña.

—Pero no se irá —prosiguió Juana Inés.

María no respondió porque la aseveración de su sobrina la intrigó; parecía más sabia de lo que a su edad correspondía. No en vano había ganado un concurso en Amecameca.

—Te gustan los libros, ¿verdad?

Juana Inés asintió. Las bandejas con chorizos y manteca para aplicarla al pan recién horneado, y la que llevaba los trozos de queso fresco, pasaron de mano en mano. María miró la mano de Juana estirarse hacia el queso y luego retirarse bruscamente, como prevenida de algo.

—¿No te gusta el queso?

—Sí, pero no —contestó Juana Inés.

—Pero si es de ovejas de la hacienda; nada así se consigue en la capital.

Sin tomar un trozo, Juana Inés pasó aquel plato a sus primos que se abalanzaron hacia aquellos terrones blancos, frescos y olorosos. María notó el esfuerzo de la chiquilla por no lanzarse a ellos.

—¿Te han hecho daño alguna vez?

—No son buenos para pensar, tía —contestó Juana Inés, para el asombro de María.

Después de comer, las mujeres se fueron a sentar al pórtico frente a la capilla, porque la tarde era buena y era un placer

contemplarla con su limpidez azul. Los hombres, animados por Diego, se alejaron hacia el herradero. María miró a su cuñado, que realmente no lo era porque no se había casado con su hermana, tal vez porque Isabel no tenía dote sino tres hijas de un hombre anterior, aunque sí unas tierras por las cuales había que devengar doscientos pesos, pero en cambio algunos esclavos y cabezas de ganado y maíz. Eso era bueno, pero demasiado tarde para que fuera dote. Diego vivía allí ya como señor de Isabel, y había que reconocerlo, pensó María al mirar a su hermana de natural alegría y no apta para valérselas sola; se le veía contenta. Se necesitaba suerte o encanto para que, aun teniendo hijos anteriores, un hombre deseara encargarse de ellos y de la nueva prole; sabía que la deuda de su padre con el capitán había sido perdonada una vez que Isabel y él ocuparon la misma habitación. Acaso era porque su hermana sabía entretenir a un hombre en la cama de manera que no se quedara sola. No era su caso, pensó María.

Había tenido la suerte de que Juan Mata se fijara en ella en las fiestas de Amecameca y que, gustándole la joven por empeñosa, consistente y sensata, la llevase a la capital, donde Juan vivía, para que le diera hijos, un hogar a la usanza española, que era la única que conocía, y una serenidad para su vida ajetreada por asuntos de embarques, aduanas, oficialías, mercedes y privilegios. María fue el antídoto para curarse de amores con la india de Amecameca; por ello había vuelto a las fiestas, sin saber que María le daría la opción de no tener que aprender otra lengua ni otras costumbres. La india, la india... se le había clavado en el corazón. Se lo contó a María una noche después del vino bebido, atribulado en insomnios, sudando. Le contó y él agradeció haberlo salvado de un mundo de nahuales, de hierbas palmeándole el cuerpo, de ritos lunares, de dioses oscuros a los que era preciso ofrendar el hígado. Y mientras María lo consolaba como a un niño con pesadillas, sus palabras la llenaban

de rasguños. Abrazarlo, apretarlo contra el lino blanco de su camisón, en tanto la ciudad se desperezaba en pregones que llegaban hasta la ventana de la habitación, fue rubricar su condición de salvadora. Hubiera querido que Juan buscara ansioso sus pechos bajo la finura de la tela, que los mordisqueara sediento de placeres y arropo, y le devolviera su condición de amante. No lo sería nunca ya. María cumplía con la serenidad, mientras la india lo hacía soñar. Con aquella ríspida certeza vivía María al lado de Juan; por ello las visitas a sus padres habían sido poco frecuentes, por ello había insistido en venir sola y también —y no sólo por cumplir con lo que imaginaba la voluntad de su padre— había venido por su madre. Para que se acabaran las razones de estar en Amecameca, para que el resto de la familia, si quería, la visitara en la ciudad donde tenía una habitación para ello. No más Amecameca, no más la fantasmal presencia de una piel oscura llamando a su marido en dulce náhuatl, doblegándolo, rindiéndolo a sus pies, ebrio de amores. Isabel le dijo que cuando quisiera llevarse a una de las negras, María o Catalina, para la ciudad, que no dudara, que tan suyas eran como de ella. O había indias en Amecameca, dijo, que eran diestras en la sazón y se les podía enseñar guisos españoles que luego combinaban de muy buena manera con los chiles y los frutos de la región.

—No —dijo brusca María—. No necesito nada.

Y echó a andar rumbo a la capilla, para buscar la cordura que había estado obligada a cargar. Cómo le hubiera gustado zarandear entonces a su marido, decirle que ella no salvaba a nadie, que se hubiera ido con la india, que le hubiera aguantado sus pesadillas de vino pero que ella no era ningún paño de lágrimas, maldito Mata, que no creyera que por su dinero y sus roces sociales la tenía con él. Le hubiera cerrado las piernas para siempre cuando llegaba meloso y travieso para que no intentara poseerla como poseyó a la india; ya nada era igual después de

aquella confesión. Maldita cordura; le hubiese encajado la peineteta que se acababa de quitar. Entró a la capilla ofuscada por tanta violencia como se le había agolpado de pronto. Se hincó frente a san Miguel y hundió la cabeza en las manos rezando de prisa, muy de prisa. Los ruidos contiguos la distrajeron; alguien podía notar su tribulación. Por la puerta entreabierta la descubrió: Juana Inés, sentada en el escritorio de don Pedro, soltaba tinta en un papel. Y como recompuesta de su desatino, supo lo que correspondía hacer.

A lo mejor lo había presentado desde el velorio hacía tres años en aquella capilla, pero no le había sido del todo claro, cuando cada uno, después de los rezos frente al ataúd abierto de Pedro Ramírez, pasó a dejarle flores y a besarlo, y Beatriz se abrazó a los pies de la caja, como sin vida, y Juana Inés estuvo allí frente al rostro, como si le dijera algo, como si le prometiera algo, como si algo se trajeran entre manos. Y sin llorar había vuelto a su lugar.

Se acercó despacio hacia la niña, y cuando ésta reparó en la presencia de su tía, la miró mortificada, como si hubiese sido descubierta en algo indebido.

—Juana Inés —se plantó María frente a ella—, ¿quieres venirte a vivir con nosotros a la capital?



SANGRE DE MI SANGRE

Cuando llegó Refugio Salazar a la casa de Diligencias de Amecameca, nerviosa porque no estaba muy segura de la hora en que llegaría Juana Inés y quería tener tiempo de disfrutar lo que le quedaba de su compañía, también aguardaban Isabel y el capitán Diego Ruiz Lozano. Le pareció extraño al principio que la niña no viniera acompañada de su madre, pero —le explicó atento el capitán, parsimonioso porque así era y estaba acostumbrado a tener todo en orden— se habían adelantado para arreglar el traslado de Juana Inés hasta el embarcadero de Chalco. Había pedido a un cercano amigo suyo, el contador Cabrera, que le hiciera compañía en el trayecto y que viajara ese día a la Ciudad de México.

—Lo hacía a menudo, de cualquier manera —explicó el capitán a Refugio.

Esta vez le había pedido que le diera la fecha de su próximo viaje para hacerlo coincidir con Juana Inés. Se lo dijo mientras miraba hacia la puerta de la estación porque ni Hermilo Cabrera ni Juana Inés ni sus hermanas aparecían. Isabel estaba pálida, como si no estuviera preparada para este acontecimiento, como si algún susto se recogiera en su cuerpo y no se atreviera a expresarlo ante el capitán. Refugio extendió una mano hacia el hombro de la mujer con ánimo de consolarla.

—Todo estará muy bien —dijo—. La chica es muy inteligente.

—Pero la ciudad... —pronunció Isabel.

—Hará suya la ciudad —insistió Refugio, pero la madre ya no la oyó porque al momento de ver entrar a las chicas corrió jubilosa hacia ellas.

La sangre llamaba. Así eran las familias, el latido del corazón se prolongaba de uno en otro. Sangre de mi sangre, se repitió Refugio ante la escena de abrazos. El capitán, en cambio, permaneció impávido, sin atender la escena de cariño intercambiado y visiblemente alterado por la demora de su amigo.

—Espero que no le haya pasado nada —se disculpó con Refugio.

—Los tíos de Juana Inés estarán esperando en la ciudad —dijo para aplacar al capitán ante la posibilidad de que el viajante no se presentara.

—Supongo, supongo —repitió irritado el capitán. Refugio no tuvo que ir hacia su alumna porque Juana Inés ya corría hacia ella. Parecía sorprendida de que allí estuviera Refugio para despedirla.

—¿Ha venido?

—¿Cómo no desear lo mejor a mi alumna más brillante? —dijo Refugio con voz suave, para no herir la susceptibilidad de las otras hermanas que permanecían al lado de su madre, entretenidas en la colocación del baúl en la carreta.

Con tanto atender la llegada de las chicas y la expectación del que no se presentaba, Refugio no había reparado en que la diligencia ya estaba allí. Como vio que la madre no acertaba a moverse del lado de sus dos hijas y que miraba hacia Juana Inés como si ya fuera una cosa lejana, insistió a la niña que fuera con su madre mientras ella observaba la comodidad de los asientos. A Refugio le gustaba el orden y la limpieza; no iba a tolerar que se subiera la niña a un muladar. En el trayecto la gente comía y

arrojaba sobrantes al piso. Pero la diligencia estaba limpia. Los asientos de piel parecían garantizar un viaje cómodo. No sabía a qué obedecía su impulso, pero Refugio se sentó y observó por la ventana. Sintió la fricción del movimiento, la expectación del viaje. Justo como cuando ella había ido a la capital para alcanzar a su marido que participaba en las fiestas de recibimiento del Marqués de Villena. O como cuando viajó a Puebla para la boda de su hermana, o a Perote, donde su marido era visitador del hospicio que tanta buena fama tenía entonces por esmero del alcalde. Nada más de sentir el movimiento impuesto por el trote del caballo y el paisaje con su verdor exhibirse por la ventana, la exaltación la tomó. Alguna vez llegó a pensar que la sensación de ser tomada por el viaje era como la que experimentaba cuando su esposo buscaba su cuerpo bajo el camión. Uno y otro la cubrían de caricias y placeres, de incertidumbre. Y esa sed de aventura relegada en las repisas de la memoria le volvía de golpe allí sentada. Por la ventana observó al hombre que se acercaba al grupo y la reprimenda y el alivio en los gestos de Diego Ruiz Lozano. Isabel parecía haberse relajado y retenía la mano de Juana Inés entre las suyas. En verdad era pequeña, la criatura. Ocho años y ya se iba a la ciudad. De ser ella madre la hubiera llevado atravesando el lago y hasta la casa donde iba a vivir su nueva vida de ciudadina. ¿Cómo no le habían encargado a ella el acompañamiento? Lo hubiese hecho gustosa para ver con los ojos de Juana Inés el mundo que se abría inesperado para sembrar ese campo curioso que eran su cabeza y su sensibilidad. Sentir la anchura del lago en el embarcadero de Chalco, temer al agua cuando nunca se ha viajado en canoa, descubrir que se está tan cerca de ella, que el agua es un cristal apacible y extendido, que en los juncos de la orilla las aves gorjean mientras los viajeros se desprenden de la tierra, y aunque no son peces, ni patos, ni esos insectos patones, van sobre el agua como si nada y se deslizan sin hundirse, sin mojarse; descubrir que los

remos entran y echan el agua hacia atrás y eso provoca el avance de la embarcación; reconocer la sabiduría del hombre que descubrió que un tronco hueco puede desafiar al líquido sin que se lo trague a uno; abandonarse a las seis horas de suave deslizar, protegidos los cuerpos del viento helado por las mantas, por el atole caliente que una mujer expende a jicarazos rellenando recipientes de barro, ollas que entibian las manos; adormecerse con la suavidad del agua y la vista de las orillas y los poblados y las canoas que cruzan en el sentido inverso y las que vienen detrás y van por delante con viajantes y bultos; detenerse en Santa Catarina para evacuar el cuerpo, para comer tamales de mosco de agua, tortas de huevo con peces, camarón seco, y dar un trago al pulque si se precisa; escuchar a los indios hablar su lengua musical y musitada; reconocer y desconocer, atisbar la ciudad difuminada a lo lejos y avanzar hacia su precisión, la torre de la catedral visible como un cerro, y lo único permanente: los volcanes al oriente que se enrojecen con la tarde y afirman que no se ha ido uno del todo del lugar de donde se vino; penetrar a la ciudad por una acequia, sintiendo la cercanía de casas y personas; llegar al muelle y pasmarse con los ruidos de vendedores y de músicos, de aguadores y cargadores que esperan al viajero para ganarse la vida; pisar la tierra y descubrir que se está a unos pasos del corazón de la ciudad, de la Plaza Mayor donde virreyes y nobles, obispos, curas, monjas, licenciados y comerciantes rodean el núcleo sagrado santo y oficial que también fuera el centro de la ciudad azteca. Desembarcar en el centro mismo de la ciudad de los lagos, olvidarse de mirar atrás porque todo lo que uno espera está adelante, hacia donde los pasos lo llevan. Uno más, otro más, entre los cientos de viajes diarios.

El relincho de los caballos la alertó. Ya los traían recién comidos para atarlos al vehículo. Los miró asombrada de que aquellos alazanes oscuros fuesen los responsables de cambiar un destino. Ellos tan ajenos, aún rumiando la paja que se aso-

maba atravesada en su hocico. Lejanos de la tarea que los acometía esa mañana. Nada más y nada menos que ofrecer a una niña un pastel distinto de la vida. El capitán tocó a la ventanilla cuando descubrió a la maestra metida en la diligencia. Refugio salió ofuscada por haberse instalado tanto tiempo en los sillones y en sus pensamientos. El capitán le ofreció la mano y todos la miraron bajar. Hermilo Cabrera se presentó y añadió con simpatía:

—De haber sabido que usted gusta del viaje, me hubiera ahorrado el discurso de un padre nervioso.

Refugio se ruborizó.

—Ya habrá oportunidad de que lo haga —añadió Diego Ruiz Lozano—. Isabel no irá sola a ver a su hija; usted dirá entonces, señora Salazar.

Ya el cochero llamaba a apearse y Refugio había sido asaltada por una juventud a destiempo. Hermilo Cabrera, su deseo de viaje descubierta, la posibilidad de un futuro. Futuro. Juana Inés iba dejando un camino para que ella, so pretexto de acompañar a algún familiar, la siguiera algún día. Juana Inés inauguraba un futuro distinto. Refugio todo eso pensaba mientras daba la mano al capitán que la ayudaba a descender y luego extendía una mano para saludar al contador de baja estatura pero vivaces ojos. Ya Juana Inés abrazaba a sus dos hermanas al tiempo y formaban un ramillete apretado. Josefa lloraba, María se rascaba los ojos ahuyentando las lágrimas que las primogénitas no deben verter. Isabel se hincó para estar a la altura de su hija, se quitó la pañoleta que llevaba amarrada en el cuello y la ató a la cabeza de la niña. Temía el viento de la laguna, le dijo a Refugio a manera de disculpa cuando la diligencia salió del cobertizo y se enfiló por el camino. Diego, en un gesto desusado, alzó a la chiquilla cuando notaba que la madre comenzaba a resquebrajarse y la colocó en la puerta de la carreta mientras Isabel se quedaba allí hincada, inmóvil. «Sangre de mi sangre»,

pensó Refugio conteniendo un sollozo inesperado. Así como ella inauguraba el futuro con la gentil despedida de Hermilo Cabrera, Isabel sellaba el tiempo pasado en las haciendas de Panoayan y Nepantla con su hija Juana Inés.

—Haga favor de cuidarla bien. Es una chica inquieta —dijo al hombre, atribuyéndose encargos que no le correspondían.

—Descuide, que la pasaremos muy bien —contestó esperando la respuesta de la niña, pero la chica miraba con asombro a Refugio, pues había sentido los meneos del caballo y no había dado un beso a su maestra.

Extendió su mano como despedida; entonces Jacinto gritó porque entre las emociones del momento el baúl reposaba en la banca. La diligencia se detuvo; Jacinto trepó el baúl a la parte trasera mientras el cochero, un tlaxcalteca enfurruñado, decía improperios por lo bajo en la lengua que Jacinto sí podía distinguir.

—Aquí va la señorita, cuidado —advirtió.

Refugio alcanzó la mano de Juana Inés por la ventanilla y sus labios alcanzaron a esbozar un consejo: «Escribe». Jacinto levantó la mano y gritó: «Adiós, Juana Inés», y con su grito todos corearon un adiós de manos levantadas. Sólo Refugio siguió dibujando con los labios la última palabra para su alumna:

—Escribe, escribe, escribe... —hasta que la carroza dio la vuelta al camino y se perdió rumbo a Tenango.